

Dolores Labarcena

NO QUIERO LLANTO



BETANIA

NO QUIERO LLANTO



Dolores Labarcena

Dolores Labarcena

**NO QUIERO
LLANTO**

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: Sello cubano del Salón de Mayo (La Habana, 1967).
Fotografía de Yamira Torres Ballester.

© Dolores Labarcena.

Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España
E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-423-7.
Depósito legal: M-24474-2020

Imprime SAFEKAT
Impreso en España / Printed in Spain

LA VIRGEN Y LA MENDOZA

La información llegó por dos guajiros que capturó el capitán Santiago Piñeiro. Vivían en los alrededores del cuartel. Son ochenta soldados, indicó uno. Así es, ochenta, confirmó el otro. Por consiguiente, el Comandante en Jefe mandó a cuarenta de los nuestros. Cebo. Aquellos guajiros nos utilizaron como cebo. Chivatones de la guardia rural. De todas maneras combatimos. Nos dividimos en cuatro grupos. Yo iba en la Escuadra número 1, en la retaguardia, de ayudante del teniente Eutimio Palomero. ¡No tenía arma! Pero el Héroe del Sombrero Alón quería que cogiera fogueo, que cogiera experiencia. Eutimio Palomero era un blanco gordito y supersticioso del Cobre. Siempre iba lleno de collares y con la virgen auestas. La virgen de Eutimio Palomero pesaba casi veinte kilos y medía cuarenta y cinco o cincuenta centímetros de altura. La llevaba en un jolongo. Para él era más importante que su ametralladora mexicana, una Mendoza. Un día de estos te contaré cómo fue mi entrenamiento en el Ejército Rebelde. Pero volviendo a la acción, la cosa comenzó a las dos de la madrugada. Disparen a discreción cuando les avise, dijo Yeyo. Eutimio Palomero me había encomendado el jolongo con la virgen porque tenía los pies planos y con ella no podía correr. Cuidala como si fuese tuya. Cosas de la vida, nada más intentar disparar, la ametralladora se encasquilló. ¡Chivo, corre y dile a Yeyo que me preste la baqueta! La baqueta era un alambre para sacar el cartucho atascado. Salí corriendo con el jolongo atrás, y a unos diez metros, o menos, oí una explosión y a la vez un clamor: ¡La virgen, carajo! Vaya bazucazo. Regresé y llamé a Eutimio Palomero, pero no respondía. Por eso me vino la idea, más tarde supe que era un gravísimo error en medio de un combate, de encender un fósforo. Y lo vi, boca arriba, con los ojos como pescado en tarima y un boquete en medio del pecho del tamaño

de un puño. Me tumbé a su lado porque las balas silbaban. No era un paripé. ¡Retirada! ¡Retirada!, escuché. Al rato se acalló el fuego. Y yo allí, con la virgen, el cadáver y la Mendoza. Cuando me di cuenta de que estaba solo, no supe qué hacer. ¿Me llevo la virgen o la Mendoza?, me preguntaba ininterrumpidamente, pues tenía orden de Eutimio Palomero de no abandonarla. Luego de pensar un poco, arrastré el cadáver y cavé una fosa poco profunda, ¡pesaba como un saco de boniatos!, le tiré unas piedras encima y lo medio camuflé. Entonces me eché el jolongo a un hombro y en el otro la ametralladora. Así caminé al abrigo de la noche, sin parar, cogiendo atajos entre la maleza. Cuando no pude más, cuando la extenuación se apropió de todos y cada uno de mis músculos, vi la entrada del campamento y ahí mismo dejé el jolongo con la virgen. Al acercarme escuché al Comandante en Jefe echándole una descarga a los rebeldes que regresaron del combate. Piropos de la Sierra: chernas, pendejos, maricones... ¡Ahí llega el Chivo! ¡El Chivo se salvó!, vociferó uno y todas las miradas se clavaron en mí. Al verme en esas condiciones, casi al desmayarme y ensangrentado, me preguntaron si me habían herido. Les dije que no, que estaba sano y salvo, que la sangre era de Eutimio Palomero. Eso trajo como consecuencia mis primeras palabras con el Comandante en Jefe: Cómo ha sido, explícate, ¿dónde está? Se me acercó tanto que pude sentir su aliento. A sus órdenes, Comandante en Jefe. El teniente Eutimio Palomero murió disparando. Se llevó a ocho o nueve por delante. Cuando gritaron retirada me dijo que no se rajaba. Chivo, si caigo no me recojas, llévate a la virgen para que cuide el campamento y allane el camino de la Revolución. ¡No te separes de ella! ¡Júralo!, dijo. Y juré. La virgen, Comandante en Jefe, la dejé a la entrada del campamento en un jolongo. Aquí está su ametralladora. Lo que dije en lugar de aplacar, pusieron más furioso al Comandante en Jefe: ¡Busquen a la virgen, carajo! Este de acá nunca había ido a un combate y fue capaz de salvar el arma. ¡Y ustedes, partida de cobardes, comemierdas, han perdido tres armas! De ahí que cinco, seis, o quizás más hombres fueran corriendo a buscar a la virgen. ¿Cómo te llamas?, me preguntó el Comandante en Jefe y le di mi nombre. Presta atención, Germán Píriz, pronunció con solemnidad mientras alzaba el dedo índice como una espada:

Quédate con la ametralladora, y óyeme bien, eh, úsala por la causa. Que el teniente Eutimio Palomero sea tu ejemplo...

Al terminar la anécdota, no sin cierto sarcasmo, Píriz dijo:

—Sí, siempre he sabido salir de los apuros. ¿Acaso iba a cargar con el muerto?

PRUDENCIA

Te presento a Prudencia. Mírala, dijo Prudencio y le enseñó una fotografía a Píriz donde se veía sonriendo con algo semejante a un radio encima de una mesa. Como todos los que han desfilado por aquí al saber la novedad, Prudencio también estuvo en la Sierra. Al bajar, el destino es así, ambiguo, enmarañado, Alfredo Guevara lo metió de sonidista en el ICAIC. Como bien indica el nombre con que la bauticé, continuó Prudencio, su principal característica es la discreción. ¿La ves? Consta de tres partes. La de arriba se llama Eco, la del medio, que es quien realmente ejecuta gran parte del trabajo, se llama Enfoque, y la de abajo, ligera e invisible, Emisión. Observa, Chivo, fácil de transportar.

Píriz le echó un vistazo a la fotografía:

—¿Qué es, un radio o una cámara de vídeo? Estás acabando, Prudencio. Este año la ANIR te premia seguro.

Prudencio, poniendo el portafolio en la cama, respondió:

—¿La ANIR?... ja, ja, ja. ¡Qué va!... Chivo, ¿desde cuándo no nos vemos? Hace cuatro años que salí del ICAIC. Ahora estoy en el ICAP: Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Somos eso, una máquina de hacer amigos. Mi tarea es orientar, tutelar y seguir a todos los becarios extranjeros. ¿Has visto a tu oncólogo? Lleva siete años aquí. Apréndete el apellido, Chivo. Ni Lifonísabo ni Lefunisabo. Mkuki Lifunisabo. Natural de Kinsasa. Somos eso, Chivo, una máquina de hacer amigos. Nada es gratis. Nuestra premisa no es regalar, sino compartir, enseñar, adiestrar. Tendemos, a través de nuestro Organismo, lazos de amistad con los países del Tercer Mundo. Solidarios, Chivo... Li-fu-ni-sa-bo. Apréndetelo. Es simple. Si oyeras los apellidos que aprendí gracias a la mnemotecnia: Ekwuekwe, Ghoochannejhad, Alamieyeseigha, Onwuatuegwu, Chukwumereije...

Interrumpiendo su excéntrica habilidad, Píriz le pidió a Prudencio ver de nuevo la fotografía.

—No, Chivo, te enseñé mejor a Prudencia. La tengo aquí. Te expliqué que es ligera, fácil de transportar. Para que veas, vaya, la pruebo contigo.

Prudencio sacó del portafolio unos audífonos y se los puso a Píriz en los oídos.

—¿Qué es esto, Prudencio? No oigo nada.

—Ten paciencia, Chivo. Déjame trancar la puerta—dijo con cierto sigilo—. Eso que tienes puesto y no oyes, es Eco, la parte de arriba. Cuando lo conecte, escucharás *Radio Enciclopedia* y de forma simultánea, yo escucharé lo que se hable, no solo en el baño sino en todas y cada una de las habitaciones de esta planta. Ahora viene Enfoque.

Abrió de nuevo el portafolio y esta vez sacó un bulto de postales fotográficas, del cual escogió una especialmente para Píriz y lo invitó a observar:



—¡Cojollo! El presidente Urrutia y el Héroe de Yaguajay. ¡Camilo, Prudencio, Camilo!

–Positivo, positivo. Pero para la carreta, Chivo, tranquilo. Falta Emisión. Échale un vistazo a la postal–dijo y sacó dos imanes minúsculos, imperceptibles, y los pegó a las suelas de las chancletas de Píriz–. Ahora ve al baño. Eso emite ondas magnéticas, es el localizador. Dile a tu sobrina que te ayude. Menos Enfoque, que es quien desencadena los verdaderos sentimientos del objetivo y, por ende, las reacciones, las otras partes, Eco y Emisión, se activan gracias a un mando a distancia que llevo en el doble fondo del portafolio junto al receptor y un walkie-talkie por si se precisa intervención. El radio de acción, si no hay interferencias ambientales o de terceros, es de quinientos metros cuadrados. Hagámoslo, Chivo. Verás lo eficaz que es Prudencia.

Mientras tanto, Prudencio y su portafolio salieron de la habitación para saludar a Lifunisabo. Y como la curiosidad es igual o peor que el cáncer, no le quedó más remedio a Píriz que pedirle a Magdalena que lo llevara al baño. Además del palo de suero y toda la guindaleja que le cuelga, Prudencio le encasquetó a Prudencia. Y ahora qué, preguntó Magdalena mientras lo sentaba en la taza. ¡¿Que qué haces?! Dale, muévete, Magdalena. Apúrate. Coge la postal y quitame las chancletas... ¡Coño! Quitámelas. Llama a cualquiera. ¡Corre! Di que tengo un dolor que no aguanto, chilló Píriz como un descerebrado y lanzó los audifonos. En un santiamén el baño se convirtió en el camarote de los hermanos Marx. Vinieron cuatro enfermeras, Lifunisabo y Prudencio. Venga, compañero Germán. Lo ayudaremos a acostarse, dijo una. Y lo llevaron casi en volandas hasta la cama. ¿Qué le ocurre, compañero Germán? ¿Dónde le duele?, preguntó Lifunisabo. ¡En todo esto! ¡En todo esto!, clamaba Píriz formando círculos y círculos en el abdomen sin indicar un lugar concreto... Relájese. Tranquilícese, le indicaré un avafortan, expresó Lifunisabo. Chivo, perdóname, dijo Prudencio al salir Lifunisabo y las enfermeras. Y comenzó a dar un sinfín de justificaciones, por ejemplo: “No sabía que estuvieras tan jodido”. “Chivo, coraje”. “Los hombres como tú mueren de pie”. “Pide, tus deseos son órdenes”..., y etcétera. Pena me da contigo, Prudencio. Ni sé de qué va. Pero seguro que es efectivo, útil. Eres un gran innovador y racionalizador, dijo Píriz con los ojos entrecerrados.

Magdalena que vio a Prudencio como una gallina clueca sacando a Emisión de las chancletas, se levantó del sillón para darle a Enfoque, que la dejaba olvidada en la mesita.

–Mire, compañero, se le queda esto...

–No se me olvida, muchacha. Tu tío perteneció a la Columna de Camilo. Cómo se me ocurre... Un hombre sencillo, leal. Un héroe.

–¿Quién, mi tío?

–Camilo, Camilo... Mmm... Y tu tío también, también. Un héroe anónimo. Toma. Se la regalo.

Al deshacerse de la postal Prudencio soltó un “hasta la vista, camarada”. Unjú, unjú. Saluda de mi parte a Alfredo, respondió Píriz.

LAS TABLAS MARTIANAS

Fue el brazo derecho del coronel Matías Sorní, Nemesio Carbonell, un tresero que antes de alzarse tocaba en el conjunto Anamú, el encargado de encontrarme una tarea útil cuando subí a la Sierra. Me puso de ayudante de cocina bajo el mando de Bidó, el cocinero principal, un ocambo que trabajó en la Hacienda de Manacas. Cauteloso... Bueno no, cauteloso no, sabueso. Aquel tipo olisqueaba, e incluso probaba todo lo que se comía el Comandante en Jefe. La primera tarea que me asignó Nemesio fue colocar un cartel en la entrada de la cocina que había escrito Nicario Camacho en un trozo de madera y decía así:

Hombre es más que blanco, más que mulato,
más que negro. Cubano es más que blanco,
más que mulato, más que negro. Los hombres
verdaderos, negros o blancos, se tratarán con
lealtad y ternura, por el gusto del mérito y el
orgullo de todo lo que honre la tierra en que
nacimos.

¿No molestaré a Bidó si pongo el cartel ahora?, le pregunté a Nemesio. Bidó se encontraba de rodillas en un rincón de la cocina rallando palos que mezclaba en un pilón con hierbas y especias. Ahora no, Píriz. Obsérvalo. Está tan concentrado en los ingredientes del ajiaco que le prepara a Celia, que podrías rajarle la cabeza como una güira y ni se enteraría. No obstante, abre bien las guatacas, Píriz, mantente lejos de su fanal, dijo Nemesio.

HOJA DEL LUNES

Magdalena buscó en las gavetas donde Píriz guarda las medallas y no encontró la del XX Aniversario de la Revolución Cubana. Píriz, en un arrebato de nostalgia el día anterior, le encomendó que se la trajera.

—¿De verdad la guardaste? Sacamos todo y encontramos muchas cosas, esa medalla no. Pero tienes tres long-play de Los Beatles, ¿te gustaban?, una gorra de plato, fotos en Japón, China, Canadá, España, Turquía, dos diccionarios español-portugués, *El hombre de la máscara de hierro*, *El viejo y el mar*, unos prismáticos, una pañoleta roja con la cara de Allende, un anillo con un compás y una escuadra, un Sokol 308, una navaja suiza, rublos, yenes, riales, varias gafas de sol, bolígrafos, dos agendas telefónicas, un broche con una ramita de plata, un Seiko, un juego de Go, seis pasaportes, decenas de sellos, una brújula, varios números de la revista *cocina y hogar*, un collar de caracoles, mapas de Vietnam y Angola, un cronómetro, una caja de zapatos con cartas, recortes de periódicos... Te traje la caja. Y mira, ¡mira lo que encontré!



Al observar ese recorte, así es la memoria, a veces se hacen raras asociaciones, y en la situación en la que se encuentra, pasado y presente hace rato entraron en una especie de orgía donde resulta muy difícil hacer distinción, pues tendría que trazar un mapa para que el cerebro le diga cómo encaja todo, a Píriz le vino a la mente una máxima que repetía el general Lamata, y la pronunció en voz alta:

– “Cuando el ejército está rigurosamente disciplinado hasta el punto en que los soldados morirían antes que desobedecer las órdenes, y las recompensas y castigos están bien establecidos, cuando los jefes y oficiales son capaces de actuar con mano férrea, pueden vencer a cualquier dictador o enemigo... ¡Obedece y dale pa'lante, Chivo!”... ¿Dale pa'lante?... General Lamata, pico de gallo y gazzate de alambique. ¡Obedece, coño!, fue el epitafio de su carrera de estratega. Él tenía la batuta. Y claro, obedecí...

–¿Te pasa algo, tío?

–No. Es que esa noticia..., digo, ese periódico lo compré en una librería de viejo en Vigo. *Hoja del Lunes*. ¿Hoy es martes o miércoles?

–Jueves. ¿Por qué?

–Porque quiero que me compres el *Palante* o el *Dedeté*.

BIENVENIDA, ISAURA

Echando párrafos en El Cochinito se nos fue la tarde. El trío Hermanos Betancourt amenizaba la jornada con armoniosa sabrosura, según palabras de Antonio “Ñico” Cohen. Quién sabe si permanece allí aquel trío, si sigue allí con ese inextinguible júbilo revolucionario, con esa llamarada que encendió Fidel. Aquel reencuentro ocurrió en enero. Refrescaba, y ambos, Cohen y yo, no teníamos abrigo sino majatas. Por tal motivo salimos de El Cochinito y nos dirigimos a L y 23. Ahí quedamos en reunirnos a la mañana siguiente en el Torreón de San Lázaro para juntos seguir rumbo a la UNEAC. En los jardines, con la ayuda de una grabadora que me regaló Fernández Retamar, el tenor de la Patria en verso cuando regresé de Checoslovaquia, donde oficié como secretario del embajador durante dos años, Cohen me contaría, como comprobará más adelante el lector, las particularidades de su paso por África. Cohen, casi un calco de Roloff-Mialofsky, pues por su aspecto y maneras parecía un polaco y no un guajiro de Sibanicú, un hombre de frente amplia y cabellos ralos, blondos como tuzas de maíz, me extendió la mano guardando distancia, digamos una distancia prudencial, de respeto. La mano no, camarada Cohen. ¡Démonos un abrazo de hombres, coño!, expresé mirándolo fijamente a los ojos. Ojos como navajas de afeitar, fríos,

penetrantes, de agente curtido en el arte de la contrainteligencia en terreno hostil. Al instante nos fundimos en un apretón, en un abrazo de fraternidad, de logros y victorias. Ese abrazo, luego de años sin vernos, fue una ofrenda a los caídos. Un recordatorio por los que siguen batiéndose a brazo partido, codo con codo, cumpliendo misión internacionalista en esas tierras hermanas y lejanas. Al separarnos, yo me quedé en Coppelia y él cruzó para fusionarse con la multitud que expectante, como colonia de bibijaguas en la boca de una caverna, se aglomeraba en ese recinto que contrarresta, labor loable de un pueblo que forja el futuro con el acero de la Patria, la infame propaganda de nuestro principal enemigo, el Imperialismo. Efectivamente, en ese recinto que es el orgullo de todo habanero, de todo cubano libre, el cine Yara. Aquella noche estrenaban un filme que todos conservamos y conservaremos intacto, porque la lucha continúa, en nuestras retinas revolucionarias: *El brigadista*.

Después de leer como una locutora radial Magdalena indagó:

—¿Te gusta, tío? Otelio Cardenal. Premio Aniversario de la Revolución en los setenta con esa novela policiaca. La saqué de la Biblioteca Nacional.

Fingiendo interés Píriz averiguó el título:

—¡No jeringues! ¡¿Bienvenida, Isaura?! Sí que se esforzó el moro.

¡ADIÓS, GIBARA!

El culillo de alzarme con los rebeldes me lo pegó Isadora. La misma que me pegó aquella gonorrea infernal. Por Isadora me alcé. Cuando le dije que la seguiría a donde fuese...

Píriz hizo una pausa porque entró la enfermera para cambiarle el suero al ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos. Al salir, contó más o menos lo siguiente:

Una noche Isadora le dio cita en su casa. Cuando entró, y esto lo narró con lujo de detalles, vio una Santa Bárbara en un pie de amigo justo encima del catre. Por capa llevaba la bandera cubana. Entonces Isadora lo acarició, según él, intensa, apasionadamente. Después del preámbulo le dio varios fuetazos con algo. Le quitó el pantalón, o se lo bajó hasta las rodillas, no recuerda. Al terminar, mientras disfrutaba plácidamente de su cigarro, ahí, en el catre, debajo de la Santa Bárbara con su espada señalándole el cogote, Isadora sacó del armario una revista *Bohemia* que difundía, con fotografías incluidas, la entrevista que Herbert Matthews sostuvo con Fidel en la Sierra y que confirmaba que el Hombre estaba vivo y coleando. Así fue cómo se alzaron... Sucumbió, o se dejó arrastrar por aquella jabá de ojos achinados.

La portada que sigue, porque el amor duró lo que un merengue en la puerta de un colegio, ha acompañado a Píriz en estos treinta años por mar y por tierra como un acertijo que debía desentrañar.



Seguramente, tras el juramento y regocijo poscoital de aquel encuentro una noche de verano, ambos gritaran al unisonó:

¡Adelante! ¡Vivan los rebeldes! ¡Viva la Revolución!

COCINA AL MINUTO

Llegué al atardecer. El mensajero aguijaba dos mulas cargadas de provisiones. Pensaba subir antes de la noche, y voceaba como si no hubiese un mañana: ¡Arrea, arrea! Por todos lados montañas escarpadas, helechos, palmas, matas de plátanos, barrancos. En lo alto, un cielo borrascoso, y abajo, clamando conmiseración, un caserío de haitianos. Al llegar a un arroyuelo nos detuvimos para llenar las cantimploras. Detrás de las mulas se sumaron a la caravana cuatro perros. En cuanto llenamos las cantimploras emprendimos camino. Tres perros iban en silencio, otro se limitaba a aullar. Ese particularmente adelantó el paso para seguirme a mí, renqueando. El mensajero, un guajiro de unos diecisiete años, iba descalzo, tentando con sus plantas ulceradas el terreno agreste, sin camisa y con un pantalón que quizás heredara de un caído, ajustado con una soguita. El rostro, incluso con la bonhomía natural de la excesiva mocedad, denotaba solidez, y su cuerpo membrudo, formidablemente ágil, lo hacía parecer, por lo menos ante mí, un hombre curtido en el arte de la guerra.

Leyó Magdalena.

En la televisión *Cocina al Minuto*, y entrando por la puerta, Aleksandr Khodemchuk, superviviente del accidente de Chernóbil de visita en La Habana, quien, de forma protocolar, y acompañado por miembros del PCC y pioneros destacados del Campamento

Volodia, le regaló unas postales de Vladivostok y una estatua en miniatura del Kremlin al ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos. Simultáneamente, al otro lado del Atlántico, según *Radio Reloj*, Onofre Fernández Gavilán, ciudadano español de ochenta y siete años, acababa de atropellar en una acera del paseo del Prado al científico japonés Ishi Yoshida, nominado al Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica por la invención del Electropositón Multiplex, casco que combatiría mediante pequeñas descargas eléctricas la demencia precoz y otras enfermedades neurodegenerativas. Su último estertor lo emitió ocho minutos más tarde, cuando Nitzza Villapol adornaba las hamburguesas de ñame con una hojita de perejil.

LÍRICA Y TESTOSTERONA

Bajo el amparo del coronel Matías Sorní también se encontraba Nicario Camacho. De frágil figura y pasos displicentes. Fue aquel que escribió la frase del Apóstol que puse en la puerta de la cocina cuando entré de ayudante. Su nombre de guerra era Calabaza. Quiso subir a la Sierra porque, frases de él, le embullaba el ardor de la lucha. Mira, compadre, este es el poeta más grande de Santiago. Olvídate de Heredia. Es el mejor, dijo Nemesio presentándome a Nicario Camacho. No exageres, Nemesio, que el muchacho se lo va a creer. No obstante, en mi humilde opinión, nuestro pueblo necesita eso: lírica y testosterona, declaró Camacho y recitó un poema:

*El cielo está despejado.
No es el cielo el que ruge.
La barda está en la barba del rebelde.
El clamor está en la tierra.*

Luego otro:

*El hombre que miraba la Sierra
solo veía un halcón.
Un halcón que escudriñaba
a las palomas de la Revolución.
Y no las halló, que no, que no.
No las halló.*

Al irse Camacho Nemesio me susurró al oído: Un intelectual. No cabe duda de que tiene estudios. Pero cuidado, eh, muy peligro-

so cuando se tropieza con una botella de brandy. No le gusta el ron. Una semana más tarde, estando con Bidó en la cocina en los preparativos de un caldero de hallacas porque venían unos periodistas, lo comprobé. Nicario Camacho, con una Sello Rojo, y con pinta de haber engullido más de la mitad, se le insinuó a Machete, así llamaban a Abraham Martínez, un tipo taciturno con un chavetazo en la cara y la espalda como un escaparate. Si mal no recuerdo, de Las Villas. ¡En qué barretín se metió Nicario! No solo se le insinuó a Machete delante de todos, sino que clamaba que lo descuerara para sentirse útil. De más está decir que sus palabras fueron órdenes para Machete. Le dio el Springfield a Nemesio, y con la misma le dijo a Camacho: Tengo la sensación, Calabaza, de que tu sacrificio acabará pronto. Ven conmigo, sal. Y salió menospreciando los obstáculos y peligros que acarrearía lo que para él era sentirse útil... Incluso recitó otro poema más:

*Bienvenido por tu bondad.
Bienvenido por hacernos útiles.
Bienvenido por encender las luces,
que traerán la libertad.
Bienvenido por tu castidad.
Bienvenido por tu fusil,
por tu pipa de marfil,
por tu entrepierna de varón.
Bienvenido por tu razón.
Bienvenido por ser quien eres, Fidel.*

El jarabe de cabilla que le propinó Machete fue monumental. No hizo distinción entre la cabeza y las costillas o entre los cojones y el coxis. Nicario Camacho berreaba, se retorció, mordía la tierra, pedía auxilio. Pero quién lo iba a auxiliar. ¡Déjalo ya, Machete! ¡Míralo, lo reventaste!, gritó Nemesio al ver que Nicario Camacho parecía un guñapo. ¡Míralo, lo reventaste!, seguía Nemesio. Machete, tras asestarle un cabillazo en el tabique nasal, como si fuera poco, soltó la cabilla justiciera y lo atrabancó por el pescuezo sin condescendencia alguna. Cuando dejó de patear, un hilillo de sangre le surcó una mejilla para asentarse detrás del

lóbulo de la oreja. Sí, ustedes son testigos, expresó Machete delante del extinto quitándole el Herodia de la muñeca. Que quede claro, este de acá ya no necesita el reloj. Resumiendo, ni Heredia ni Herodia. Un poeta menos, dijo Bidó. Hasta el momento solo lo había visto hablar a través de señas. ¡Bidó era haitiano!

ELIGE TÚ QUE PAGO YO

Tras sentarnos a petición de Cohen al fondo, a mano izquierda entrando, justo al lado del bar, saqué la grabadora y accioné, como quien acciona un gatillo, el botón de REC. Artefacto que sería testigo de tan esperadas revelaciones. Aceptamos el reto, expresó categórico e imparcial el camarada Cohen para romper el hielo cuando le di el Ok.

—Háblame de eso, hermano.

—Este es mi testimonio, Otelo, pero como el mío hay miles, y todos coinciden. Coincidimos. ¿Qué son diez mil kilómetros de distancia para nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, herederas del glorioso Ejército Rebelde? No podíamos desatender, porque somos un pueblo internacionalista, a los abnegados combatientes angolanos. Nuestro Comandante en Jefe, en coordinación con el presidente Neto, decidió el envío inmediato de tropas hacia ese país amigo. No es un secreto. Nos trasladamos por aire y mar. Entramos en combate contra los ejércitos de Sudáfrica y Zaire. ¡Títeres! Marionetas del Imperialismo. Admitámoslo, no fue, ni es jamón. Aceptamos el reto. ¿Qué son diez mil kilómetros de distancia para nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, herederas del glorioso Ejército Rebelde? Cierto, es una operación prolongada, no obstante, masiva y exitosa. Otelo, este es mi testimonio, pero como

el mío hay miles, y todos coinciden. Coincidimos. Yo partí en avión, explicó Cohen. Y llamó al camarero.

—Camarada Cohen, que no se diga, —dije— eres mi invitado. Elige tú que pago yo.

Entonces pidió una botella de ron acompañada de dos raciones de croquetas y una de chicharrones. Acto seguido fue al baño. La mañana estaba fresca, y como es habitual, la brisa no tenía perdón. Gracias a esas variables fluctuaciones de nuestro envidiable clima tropical, en los jardines de la UNEAC no había un ente que importunara tan substancial coloquio. Detrás del breve pero ineludible paréntesis, Cohen continuó:

—Reflexionamos, sí. Consideramos los pros y los contras. Y enseguida, fíjate bien, porque de ello depende todo triunfo o derrota, se hizo en conjunto el análisis de la situación... Sírveme un trago, Otelo —dijo y le serví—. Lo captas, ¿verdad? ¿Lo captas? Aceptamos el reto. El punto en cuestión era no encubrir la gravedad ni los riesgos. Por lo que, junto a nuestro Comandante en Jefe, porque el auténtico artífice, el auténtico héroe, el auténtico estratega de esta lucha internacionalista es él, acordamos el plan. Reflexionó, sí. El Comandante en Jefe se tomó su tiempo y reflexionó. Y, en consecuencia, disculpa el énfasis, Otelo, es necesaria la aclaración, los demás reflexionamos. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, dijo el Comandante en Jefe. Lo captas, ¿verdad? ¿Lo captas? Aceptamos el reto. Lo primero que debíamos hacer consistía en dividir al enemigo, y con ello, fortalecernos nosotros. Al llegar a Luanda me reuní con Argüelles, quien ...

¡Basta ya, Magdalena! Ahórrate el relato, expresó colérico Píriz. Magdalena, que estaba sentada leyendo, cerró el libro algo confusa, e indagó:

—¿Por qué, tío? *Bienvenida, Isaura* es una novela sobre la guerra en África. Estuviste allí, ¿no?

Píriz girándose hacia la pared respondió:

—Sí, sí. Todo lo que digas. Pero apiádate, chica. ¿No me ves? Pon la televisión. Lee otra cosa, anda.

Entonces Magdalena sacó varios libros de la mochila, y dijo:

—Está bien. Si no te gusta la descarto. Pero mira, mira el arsenal que tengo para que no te aburras. Escoge: *Con el rostro en la sombra*, *La ronda de los rubíes*, *No es tiempo de ceremonias*, *La justicia por su mano*, *Viento Norte...*

—¡Caramba! Soy un hombre de paz. ¿Lo oyes? De paz, de paz. Lee otro.

—¿Por ejemplo?

JAIBA, EL PIRATA DE CAISIMÚ

Al llegar a la loma nos dimos cuenta de que el enemigo se estaba acantonando. De todas formas se tomó posición. En el punto de observación se encontraba el cabo Silvano Salazar con unos prismáticos. Su misión era vigilar, y en cuanto se acercara el enemigo, que teníamos información que serían unos cien soldados, hacer estallar una mina. Estamos en tus manos, Silvano. Cuando aprietes el detonador, se rompe el corajo, le dijo el coronel Sorní, otro nostálgico de la Guerra de Independencia. Era un árbol espeso, con buena visibilidad. Por lo que, en cuanto Silvano vio aparecer al ejército, y empezó a calcular, se dio cuenta que no eran cien sino alrededor de quinientos, gritó: ¡Retirada! Y saltó del árbol. La retaguardia al completo en desbandada. ¿Has oído lo que oí, Chivo? ¿Has oído?, me preguntó varias veces Sorní. Positivo, coronel, gritaron retirada. En fin, quedamos el coronel Sorní, Timoteo Benavides, más conocido por Jaiba, y un servidor. El encabronamiento de Sorní fue enorme. Donde se cae el burro, ahí mismo se le dan los palos, dijo y lanzó una granada sin dirección alguna. Un acto suicida. Tres hombres contra un ejército y aviones bombardeando la zona. ¡Cercados, que estamos cercados, coño!, vociferó Sorní desde una trinchera. Jaiba y yo estábamos al pie del cañón, en primera línea. Media hora más tarde hirieron a Jaiba: un plomazo en el ojo. Aquel hombre ni se desmayó. Se quitó la camisa, se envolvió la mitad de la cara como si fuese un pirata, y siguió. Qué coraje. Fue un arañazo, Chivo. ¡Cambiamos al plan B! ¡Nosotros sí tenemos timbales! ¡Dale, dale! ¡Esos son cagajones de caballo! ¡Hay que barrer! ¡Ni uno, que no quede ni uno!, gritó con aquella boca digna de su nombre de guerra, dándome ánimos. Creo que tumbamos como a doce. Qué clase de arma. Una ametralladora yanqui. Cuando se acabaron las municiones llamamos a Sorní: ¡Sorní, estamos

sin parque! ¡Coronel Sorní! Entonces Sorní dio la verdadera voz de retirada: ¡Arrástrense! ¡Vengan hacia mí! ¡Si nos quedamos aquí nos matarán a todos como a jutías! ¡No dejen la ametralladora, eh!... El coronel Matías Sorní lo único que hizo fue tirar una granada, reptar y atrincherarse. Mucha caja y poco fósforo, como decía el general Lamata. En fin, gracias a su dominio del terreno, Sorní conocía todos los vericuetos de la cordillera oriental, pudimos regresar al campamento. En el momento en que hacíamos aparición, el propio Comandante en Jefe, deduzco que el juicio fue rápido, decía las siguientes palabras antes que se dictase la sentencia que le correspondía cumplir a Silvano Salazar por meterse en el barretín de dar una orden que, por rango, le correspondía al coronel Sorní: Óiganme bien, eh. Saben, porque lo saben, que no me gusta hacer este tipo de cosas, pero no tengo más remedio. Eso era un combate, eh, no un simulacro. ¿Cómo se comportarán en la hora decisiva? Entonces dejó para los presentes esa pregunta en el aire, flotando como una chiringa sobre nuestras melenudas cabezas, y al dejarla, le descerrajó un tiro en la sien a Silvano Salazar... A Jaiba lo metieron en una parihuela. No parecía estar tan mal. Subió por sus propios pies. ¡Estoy entero! ¡Comandante en Jefe, estoy entero!, vociferaba a grito pelado, animoso, como si hubiese escalado el Everest y salido ileso. Ni caso. ¡Vamos, rápido, rápido, al hospital!, ordenó el Che. Primero le extirparon un ojo, luego el otro. A la semana oí que Jaiba había muerto por apendicitis o septicemia generalizada. Según Isadora, por un derrame cerebral. El mismo Che le dio el tiro de gracia porque no aguantaba esa “lenta y cruel perversión”, palabras textuales. Aún lo recuerdo con aquella venda improvisada... ¡Cercados, que estamos cercados, coño!, vociferó Sorní desde una trinchera... ¿Sorní? A ese solo lo mata Débora, la mujer. También estuvo en la Sierra. Tienen una casa en Siboney, más de cinco criadas, dos jardineros y dos choferes para cada uno. Cuando lo de la Recuperación de Valores del Estado, ella y su difunta hermana, al mando de la gestión, desmantelaron, sin exagerar, más de la mitad de La Habana. Este que habla las ayudó a sacar de aquellas mansiones abandonadas: juegos de cuarto, sillas, mesas, escaparates, butacas, refrigeradores, televisores, lavadoras, batidoras, cocinas, ventiladores, esculturas, pinturas, cortinas,

lámparas, alfombras, bañeras de hierro fundido, bacinillas de porcelana, floreros, estatuas de mármol, candelabros, tapices, cuberterías de plata, gargantillas de oro, pulseras con diamantes, sortijas de rubí... *Qui potest capere, capiat*, como decía Marchante. Burguesas disfrazadas de comunistas. A mí, por hacerme el de la vista gorda con todo aquel trapicheo, me regalaron un edificio en Playa con cuatro apartamentos ¡amueblados! Se lo di a mi hermano. Acepté. Claro que acepté. ¿No era así como se premiaba el heroísmo de quienes libramos al pueblo del yugo opresor? Un momento histórico... Si te vas de lengua, me harán lo mismo que a Salazar. Pero antes de irme, Chivo, fijate bien, te voy a reventar el tímpano de un solo trancazo, susurró con un gesto involuntario el coronel Sorní. ¡Le temblaba la mandíbula! Despreocúpese, coronel, soy como las tapias de los cementerios, le juré y perjuré. Si te vas de lengua, Chivo... ja, ja, ja... Tenía su pescuezo en el manubrio.

EL CORDERO DESCARRIADO

¡Yo vengo como ladrón! Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza, palabras del Señor. Porque para vivir eternamente, para entrar por las puertas de la ciudad, deben ser como niños. Por eso arrepiéntete, pecador, porque los fariseos, los marranos, los fornicadores, los hechiceros, los homicidas, los idólatras, los falsos profetas, los que blasfeman, todos aquellos que viven entre miasmas, quedarán fuera del reino celestial. Amén, dijo la suegra de Píriz en la puerta de la habitación. La suegra de Píriz pertenece a la iglesia Adventista del Séptimo Día. Su apariencia es parsimoniosa, pero cuando abre la boca es iracunda, maldiciente. Recita los versículos de la Biblia como si con ellos barrera al anticristo con un haragán. De los presentes quien quedó encandilado fue el ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos, que se lo hizo saber de la siguiente manera:

—Venga, señora, no veo, pero la escucho. Uno de los compañeros al parecer es sordo, el otro no es religioso. Venga.

Hijo mío, dijo, soy la suegra de Germán. Pero predico la palabra de Dios allí donde haya un cordero descarriado. ¿Te quieres salvar?, preguntó avanzando hacia él, que se encontraba en una silla de ruedas junto a la ventana. ¡Cuánto quisiera! ¡Cuánto quisiera!, respondió el ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos. Puedes salvarte, hijo mío. Ten fe. ¿Cómo te llamas?... ¿De verdad, señora? ¿De verdad? Mire que estoy ciego y tengo un cáncer avanzado. Saulo. Me llamo Saulo, dijo con cierta ilusión. Entonces la suegra de Píriz le puso una mano en el hombro y pronunció con una especie de gozo y gratitud este edificante sermón:

—Saulo, Dios manifiesta su poder para librarnos de esta carga física, de las cadenas que nos atan a este mar de sufrimiento, a este

mar de abominación y podredumbre. ¡Arrepiéntete, Saulo! Arrepiéntete. Porque el día del Juicio Final aparecerá Cristo, nuestro redentor, y lo hará con toda su gloria. ¡Alabado sea el Señor! Y vendrá con sus mil millares de ángeles y legiones de arcángeles, los cuales abarcarán todo el firmamento. Presta atención, porque la oscuridad tamará la tierra y los impíos huirán ¡como ratas por las cloacas! Y nosotros, los salvados, los temerosos de Dios, los bienaventurados, los niños, despertaremos del sueño eterno con nuestro cuerpo intacto. ¡No dudes, Saulo! Porque el cojo caminará. El ciego verá. Los sordos oirán. Y los leprosos, óyeme bien, los leprosos no tendrán ni una sola llaga. ¡Alabado sea el Señor, Saulo! No quedará piedra sobre piedra cuando toquen las trompetas del Apocalipsis. ¿No sabes que la presencia de Cristo es fuego vivificador? Él es el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. Por lo tanto, Saulo, también es fuego consumidor. ¿Quién podrá sostenerse en pie en esta Babilonia?

—Quién podrá sostenerse en pie en esta Babilonia— repitió el ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos.

Amén.

ESTE CLARO HORIZONTE

Fue a finales del cincuenta y nueve. Año que hizo gordos a los peces que todavía no eran gordos... ¡Ahora sí que me piro! ¡Me piro, Negro! A ver, qué pasó con Camilo, ¿eh?, le pregunté casi entre lágrimas, así, trago mediante, cuando supe su fin en el Ali Bar. Estábamos los tres: Cucho Melquiades, Mateo el Negro, y yo. Cierra el pico, Chivo. Déjalo. Camilo se cayó al mar. ¿Me copias? Mézetelo en el moropo. ¿Quieres salirte? Habla con Sor-ní. Ese está en deuda contigo, ¿no?, murmuró el Negro. La conversación tuvo lugar mientras Cucho, chivato hasta en arameo y cúmbila de Efigenio pedía otra botella de Bacardí. Lo confieso, no siento ningún orgullo de mi primer puesto de trabajo en la Cuba que ayudé a construir. Yo, Piriz, alias el Chivo, de libertario a policía del Ministerio de Defensa. ¡Vaya cuatrereros en la nave de Ulises!... Sí, salí echando un pie. Me incorporé como chofer en la recién fundada empresa estatal Ómnibus Urbanos de La Habana... Remé. Pero remé en las rutas 3 y 5 sobre una General Motors del cincuenta y pico. Paradero de Guanabacoa... ¿Has leído *Este Claro Horizonte* de Reinaldo Fuentes? Lee, hermano, lee para que comprendas de qué va la cosa. Fuera de circulación. Chivo, entérate, ¡me sacaron de 100 y Aldabó! Esto no se queda así, compadre, me dijo amenazante Cucho Melquiades en la lanchita de Regla, veintitantos años después de desvincularme del Ministerio de Defensa. Pamplinas de una destilería ambulante. Súbitamente advertí su naufragio y recordé a Bonifacio Byrne:

*Si deshecha en menudos pedazos
llega a ser mi bandera algún día...
¡nuestros muertos alzando los brazos
la sabrán defender todavía! ...*

¿Yo? A punto de zarpar.

LEY FISIOLÓGICA

De siete a nueve de la noche le pusieron la cuña a Píriz. En ese intervalo pegó un cabezazo. Según él, más o menos soñó lo siguiente: Estaba en la guagua dándole al pedal. ¡Para! ¡Sabotaje! ¡El tren, que viene el tren! ¡Frena, cacho hijueputa!, oyó, y sintió un toquecito en el hombro. El toquecito en el hombro era real. Se trataba de la enfermera.

—Gírese, compañero Germán—dijo y le quitó la cuña—. Si no puede hacer sus necesidades lo dejaré por escrito.

Entonces con la cuña en una mano y con la otra subiéndole la colcha para taparlo, lanzó una frase lo más probable sacada de un libro ocultista:

—Tenga paciencia, compañero Germán. Toda causa tiene su efecto, y todo efecto tiene su causa. Todo sucede conforme a la ley. En su caso a la ley fisiológica. Relájese. A las once sube el médico de guardia. Quizás le indique un enema, o algo. Quizás, eh. Es él el facultativo. A mí no me haga caso.

—Entendido, entendido.

LA GARRAPATA DE CANHABAQUE

Han pasado nueve meses. En el Aeropuerto Internacional José Martí un avión se estrelló tras elevarse cincuenta y tres metros, hubo ciento veintiséis víctimas. Sony compró Columbia Pictures por más de tres mil millones de dólares. Murió Pérez Prado. Tenzin Gyatso, más conocido como el Dalai Lama, ganó el premio Nobel de la Paz. Murió Bette Davis. Estados Unidos lanzó al espacio la misión Galileo con destino Júpiter. Turgut Ozal asumió la presidencia de Turquía. La RDA decidió la apertura de sus fronteras a Occidente. Cayó el Telón de Acero. Juan Adán II se convirtió en el nuevo príncipe de Liechtenstein. Praga tuvo su Revolución de Terciopelo. Estados Unidos bajo la Operación Causa Justa invadió Panamá y capturó a Manuel Noriega acusándolo de dictador y delitos de narcotráfico. Samuel Beckett murió. Fusilaron en Rumania a Ceaușescu y su esposa. McDonalds inauguró su primer restaurante en Moscú. James Douglas derrotó por nocaut a Mike Tyson. Estados Unidos lanzó el Telescopio Espacial Hubble. El político guerrillero Carlos Pizarro Leongómez dirigiéndose a Barranquilla fue asesinado en pleno vuelo por Gerardo Gutiérrez Uribe, alias Jerry, sicario de Pablo Escobar.

Aquí la vida transcurre como en el desierto del Kalahari. La única novedad es que yo estoy mejor y Píriz va entrando en conteo regresivo. Sí, soy el paciente que más tiempo lleva en esta habitación. Los hechos que desencadenaron esta larga postración fueron los siguientes:

En 1985 fui nombrado agregado cultural de la embajada de Cuba en Guinea Bissau. La suerte me sonreía por segunda vez, la primera fue cuando me otorgaron el premio Casa de las Américas por una novela que se desarrollaba entre La Habana y el Escambray, *Con el sol entre las manos*. Aquí un fragmento:

—Qué hay. ¿Sin novedad en el frente? Entra — dijo Carelia a José arrastrando las chancletas de palo.

El apartamento de Carelia es modesto pero acogedor. Lo adornan caricaturas de Salomón, fotografías a tamaño natural de Camilo y Fidel, y un busto de yeso del Titán de Bronce. Carelia vestía un conjunto de corduroy marrón a juego con el pañuelo. En la oreja una flor y en la mano un cigarro.

—Con novedad, Carelia, con novedad. ¿No te enteraste? La cosa está que arde— respondió José caminando detrás de Carelia—. Cancelaron la obra de Castel. La tacharon de diversionismo ideológico.

—Me lo olía— dijo Carelia y apagó el cigarro en uno de los ceniceros del pasillo.

Ambos se acomodaron en el sofá.

—Como te cuento, qué barretín, chica.

—José, cada cual con su jolongo al hombro. Él se lo buscó. Dime, ¿qué tiene que ver la zafra con un eclipse de sol? La perspectiva de Castel es bastante pesimista. ¿Con qué prisma ve este proceso ilusionante? Personajes representados casi como esclavos, prostitutas en los campos, hambre. La escenografía y el vestuario deprimentes. Carretas en lugar de tractores y “El milagro de Anaquillé” de fondo ¡con un monólogo sin pies ni cabeza!... José, en cada central del país se respira entusiasmo. La eferescencia es total. Eres consciente de ello, la productividad está al cien por cien. ¿Te parece lógico que le haya puesto a la obra *Trapiche* como si estuviésemos en la Colonia? Vamos,

José. No hay más que ver el noticiero. Masivamente. ¿Quiénes están haciendo la zafra? Voluntarios y voluntarias. La mujer, José, desde el triunfo de la Revolución es pieza fundamental de este engranaje. Prostitutas... ¡Pero si aquí se erradicó la prostitución! ¿Hambre? Calumnias del enemigo. En este país nadie se acuesta sin comer... Me lo olía. La cancelación estaba cantada. ¿Y ahora qué hará? ¿Se irá como los demás para Miami o se enterrará vivo en Marianao?

—Qué sé yo. Ni lo he visto. Lo supe por Ta-boada que me lo encontré en la UPEC. En candela. Cambiando el tema, y tú, ¿qué planes tienes?

—¿Yo? Con la Revolución todo, sin la Revolución, nada. Tengo una propuesta de Corrieri. Me voy el mes que viene con el Grupo Teatro Escambray a llevar el arte a los campesinos. También los trabajadores de las tablas somos necesarios, nos ubicamos en el sector que corresponde en esta lucha creadora.

Musi, el gato de Carelia se subió a sus rodillas. Ella lo acarició como a un niño desprotegido, y continuó:

—José, el teatro es como la vida misma... Mira a Castel. Una carrera de dramaturgo tirada al latón de la basura. No sé qué mierda extraña del pasado, la verdad. Ahora somos libres.

—Libres, sí— repitió José con el semblante desencajado.

Comenzó a llover. Las primeras gotas se sintieron tintinear sobre las malanguitas que crecían en una de las macetas del balcón.

—¡Cruz y raya, José! —profirió Carelia poniendo a Musi en los brazos de José—. A ese gallo hay que cortarle los espolones. ¡Quién se cree! Todo aquel que no se acople a nuestros ideales, a los principios del socialismo...

Hizo una pausa para cerrar el balcón. Un aire frío se apoderó de la sala. José atento a las palabras que pronunciaría Carelia aferró contra su pecho a Musi, que tiritaba.

—¡Cruz y raya, José! Fíjate si soy consecuente, que acabo de terminar mi relación con Ricardo. ¿Te parece lógico que a estas alturas no se haya ido a la zafra y siga siendo un blandengue, y para señalarse más, con un cojín mortuario en la cabeza? ¡Cruz y raya, José!

He sido, lo que se dice, un escritor comprometido. Lo reconozco, Guinea Bissau no es Viena ni Roma. ¡Pero tampoco La Habana Vieja! Esa fue una de las causas por las que acepté la misión, otra, librarme de Fina, mi exmujer, y la última y más importante, terminar mi decimocuarta novela, *Porra al perro de Parra*. ¡Oh, África, cuánto amor te cogí! Tan solo poner un pie en Guinea Bissau, incluso con su cultura, su idiosincrasia tan diferente a la nuestra, mi vida cambió. Tuve, lo que tiene cualquiera en una situación ventajosa: carro, casa, servicio doméstico, y hasta un nuevo amor. ¡Ah, el olor del placer! Fatumata, como un árbol recién talado, con su musgo, con su humedad. Una mujer flamante. Su vientre era liso, acolchado... Lo demás, de qué podía quejarme, me levantaba a las seis, un buen café, y a la máquina de escribir hasta las doce. Pasado ese horario, para mí, estrictamente inviolable, pues pienso que un escritor debe tener férrea disciplina, podían venir los encuentros y recepciones. En el ochenta y siete al fin vio la luz *Porra al perro de Parra* por Editorial Hojarasca, México. Enseguida la tradujeron al polaco, al rumano y al ruso. Concluyendo, la vida me recompensaba como al río Cacheu, con peces abundantes y gran caudal. La nota discordante ocurrió hace nueve meses. Recibí una llamada de García Már-

que se encontraba en España. Este fin de semana te caigo por allá. Quiero conocer Canhabaque, dijo. Era la segunda vez que nos visitaba. Será un honor para Fatumata y para mí, expresé con cierta reticencia porque me considero un hombre de pocos amigos. Y García Márquez no era la excepción. Se presentó con una comitiva de acólitos y guardaespaldas, habitual en él desde que ganó el Rómulo Gallegos. Después de intercambiar saludos y regalarme el libro que había presentado en Madrid, cosa que agradecí porque como escritor es bastante agudo, partimos con la nevera bien apertrechada de bebidas, licores, y algunas delicias que preparaba Fatumata. A la Isla de Bubaque llegamos al mediodía. La temperatura se mostraba espléndida en esa época del año, calor, pero soportable. Allí cogimos dos piraguas con motor, único medio de transporte para llegar a Canhabaque. Lo otro que recuerdo es verme en un Mil Mi-24 con militares cubanos. Pa-ra-li-za-do. ¿Me escucha, compañero? ¿Puede verme? Siga la linterna. ¿Me escucha?... ¡Vamos, vamos! ¡Esto es un shock anafiláctico! ¡Tómenle las constantes! ¡Oxígeno!, gritaba alguien. Lo único que podía hacer era respirar, y a duras penas. Me encontraba, por así decir, en una especie de coma consciente, si es que eso existe... ¡Una garrapata! ¡Lo ha picado una garrapata! ¿Lo recuerda? Una garrapata, repetían como papagayos voces que no eran ni de Fatumata ni de García Márquez. ¡Y yo no tenía perros, ni Fatumata, ni la familia de Fatumata! Del Mil Mi-24 me trasladaron a una ambulancia. De la ambulancia al aeropuerto. Del aeropuerto a un avión que hizo escala en París. De París a La Habana. Al aterrizar en La Habana me montaron en otra ambulancia, y de ahí... Bueno, he oído todo tipo de diagnósticos, por ejemplo: fiebre hemorrágica de Crimea-Congo, tripanosomiasis africana, dengue, malaria, encefalitis japonesa. Ese último diagnóstico fue la gota que colmó el vaso. ¿Encefalitis japonesa? ¡Pero si yo no he estado en Japón! Más tarde, cuando me sentenciaron a una muerte lenta, cuando dejaron de contar con mi vida tanto los médicos como la Seguridad del Estado, el PCC, la CTC, incluso la UNEAC, más tarde, cuando pensaron que era un despojo, me trasladaron aquí... ¡A qué manos fue a dar mi colección de clásicos! ¡Oh, mi Olympia! El tiempo pasó y un camao puso dos huevos. Un día, con un esfuerzo sobrehumano moví los

párpados, y me dije, ¡dale, que tú puedes!, otro, los dedos de los pies, y así. Cada día movía una parte de mi cuerpo, pero única y exclusivamente en la noche, en la más estricta oscuridad. De esas pequeñas victorias quien sabía era yo, quien gozaba era yo... Una garrapata. ¿Me escucha, compañero? Lo picó una garrapata. ¿Se encuentra bien?... Al principio, no sé si por lástima o curiosidad me visitaron Carilda, César López, Ezequiel. Incluso mi exmujer una tarde se presentó con Eusebio y un ramo de gladiolos. Posteriormente... posteriormente la eterna constante. ¡¿Qué hice?! ¡Por qué! ¡¿Por qué a mí?! Los diagnósticos se intercalaban alternativamente con una frase de Solzhenitsyn: “Si uno es siempre prudente, ¿puede seguir siendo un ser humano sin fiebre hemorrágica de Crimea-Congo, tripanosomiasis africana, dengue, malaria, encefalitis japonesa?” O, “si uno es siempre prudente, sin fiebre hemorrágica de Crimea-Congo, tripanosomiasis africana, dengue, malaria, encefalitis japonesa, ¿puede seguir siendo un ser humano?” Estamos en Cuba, Oscar Marquetti, no en Estados Unidos. No queda otra, pensé al analizar por meses dicho galimatías. Sí, el próximo paso, digamos el paso trascendental, la verdadera elipsis, es convertirse en momia y olvidar el pasado, tacharlo. ¡Qué puede preocuparte si tienes inspiración! Fue así, a través de Solzhenitsyn y no a través de mi arcaica racionalidad como comencé a salirme de mi historia para adentrarme en la historia de este nuevo personaje, Píriz. Otra momia más.

EMPEDRADO Y MONSERRATE

Rebuscando en la caja de zapatos donde guarda cartas y documentos Píriz vio una nota de la *Gaceta Oficial* que le hizo recordar su paso fugaz por Ómnibus Urbanos de La Habana. Lo que dio pie para que le contara a Magdalena lo siguiente:

Por tanto: encargo a todas las Autoridades de la República y a sus agentes, procedan a la busca captura y remisión al Vivac correspondiente, a menos que presten fianza de veinticinco pesos M. O., cada uno de los acusados en los siguientes juicios: Juicio número 1845 de 1963, Germán Píriz Bragado, Empedrado y Monserrate, D.T.I. - Juicio número 1922 de 1963, Germán Píriz Bragado, de Empedrado y Monserrate, D.T.I.

Cuando aquello no tenía casa ni refugio, mi dirección era Empedrado y Monserrate, el DTI. Para el Vivac. ¿Lo lees? Un accidente que todavía me persigue. Salté distraído un paso a nivel. El monstruo ahí, pisándome los talones, rugiendo. Al verlo, mis reflejos se pusieron en marcha y eché rápidamente el freno. Sin remedio. Aquel tren remolcó tanto a la guagua como a los pasajeros. Seis muertos y catorce heridos, en los que me incluyo puesto que perdí la mayoría de los dientes del janazo que me di contra la ventanilla... Absuelto. Solo me quitaron la cartera.

En el juicio se encontraban el maquinista, destruido moral y físicamente, un abogado de oficio, la presidenta del CDR de la zona, Cucho Melquiades y el Negro. Las causas principales, según

constaba en el acta, fueron el mal estado de las vías, la deficiente señalización, y el deterioro generalizado del transporte público.

Good bye, Guanabacoa-Muelle de Luz.

SAN DIMAS

La última vez que Píriz se asomó al espejo del baño vio un saco de huesos cubierto por pellejos. ¡Vaya espantajo!, pensó. Reseco, con sueros y sonda vesical. A partir de entonces, un mes o así, sus necesidades básicas las realiza encamado. Por eso Lola piensa que se han confabulado contra él médicos y enfermeras.

—¿Te molesta esta gentuza?

—¡Qué va!, Chiva. ¿Quién podría molestar a semejante carcamal con un pie en Colón?

—No te adelantes, Germán —dijo soltando la cartera encima de la cama.

Acto seguido sacó un huevo. Primero se lo pasó a Píriz por la cara, después por la barriga. Y continuó:

—No te adelantes porque nadie sabe lo que está en el fondo del mar. Aunque eso sí, el muerto está dando vueltas buscando a quién coger —dijo beligerante al tiempo que echaba una mirada oblicua al ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos—. Dale, tómate la infusión que te traje... ¡Niña!, —le gritó Lola a Magdalena — suelta ese aparato, anda. Ayúdame a sentar a tu tío en la cama. Ven.

—Chiva, sabes que tengo las tragaderas fuera de circulación. Aparca eso ahí. ¿Trajiste jugo de tamarindo?

—No me porfies, Germán. Mírate, te han robado la salud. Te la han robado, mi cielo. Si no te tomas la infusión...

Lola dejó la frase sin concluir. Metió el huevo en un cartucho, y este a su vez en la cartera.

–¿Qué te crees, que te vas a curar por obra y gracia del Espíritu Santo o con jugo de tamarindo?! –continuó Lola–. Tómatela, coño. Tómatela antes que venga esa morralla a verte. ¡Crápulas! Así que veteranos...

Con veteranos se refería al desfile de combatientes que pasaban por la habitación sin horario fijo.

–Jamás he visto gente tan sucia, Germán. Lo sabes. ¡Asco! Asco debería darte que nos vigilen, asco que nos escuchen, asco que nos controlen. A ver, dime, ¿qué hice para que me negaran el viaje de estímulo a las esposas de los marineros destacados? ¿Acaso tengo un letrero en la frente que diga gusana?... ¿Te la tomas o no? Ay, señor, ¡jamás sobreviviré a esto, para que lo sepas!

Desesperada Lola rompió a llorar. Magdalena intentaba consolarla. Fue peor. Ahora soltaba improperios a diestra y siniestra:

–Óyeme bien, Germán, y te lo voy a decir una sola vez, aquí te matan y no te pagan. Habla, qué estás tramando, ¿me quieres dejar sola criando a tus hijos? Vamos, abre la boca y traga, ¡traga, coño! ¿Qué te crees, que te vas a curar sin poner de tu parte? ¡Morralla y bien! ¡Pendencieros! –exclamó en cuclillas mientras amarraba una tira roja a una pata de la cama.

–¿Y eso ahora para qué es, Chiva?

–¿Eso? Eso es para amarrar a San Dimas.

EL MANISERO

Peritos del pasado y árbitros del porvenir. Así fueron, o fuimos. No pienso justificarme, y si evito contar ciertos pasajes no es por amnesia sino por honor, se lo debo a muchos que al igual que yo se rompieron el lomo por esto. Sí, me incluyo en la caravana. ¿Acaso alguien podía dudar de algo tan puro, tan ilusionante? Un día me sentí un poco confuso. Normal. Acababan de fusilar a un asturiano que su único delito fue no permitir que saquearan su peletería. Aquel infeliz se aferraba a la caja recaudadora, rodilla en tierra, detrás del mostrador, como si con el gesto, sin socorro alguno, se aferrase a la vida. ¡Fuera, ladrones! ¡Salvajes! Este negocio lo he levantado yo. No me sacarán de aquí, gritaba. Un emigrante que al igual que mis padres vinieron a probar fortuna a este país. Fui testigo. El pueblo, como animales que no generan energía propia, berreaba: ¡Paredón, paredón! ¡Abajo el capitalismo! Hordas que de prisa y corriendo rescataban su orden primitivo. ¡Contrarrevolucionario! ¡Traidor!, ¡Batistiano!, vociferaban entre consignas y clamores. Solo las culatas de las ametralladoras pudieron barrenar aquella pared humana. Esperpéntico, ¡un zapato me dio en un ojo, un ladrillo en la espalda!... La caja se la arrancamos a base de trompones. Algo imborrable. Lo montamos en un camión y directo a La Cabaña.

La Revolución debe hacer justicia para que no vuelva a alzar la cabeza otro régimen tirano como el que acaba de caer, me dijo el teniente coronel Clemente Escalante cuando le hablé del caso en particular. Estábamos en su despacho de Monserrate, y continuó: Siéntate, Chivo... Mmm... Escúchame. Somos el brazo del pueblo. Tenemos el mandato. Ninguna de esa gente merece tanto expediente, ni juicios, ni tanto papeleo. Eso es un detalle burgués. ¡Paredón! Chivo, a mí me torturaron en el Buró de Investigaciones. ¡Jamás eché pa'lante a nadie! Pero esos esbirros,

esos criminales y sus cómplices hicieron cantar el manisero a más de uno. ¿Venganza? ¡Qué va!, Chivo. Escarmiento. ¿No los ves? No, no, no se arrepienten. ¿Qué te parece que unos pocos, por la simple explotación de la clase trabajadora, tengan yates y se vayan a pasear por el Mediterráneo, que hagan torneos de golf, pesca deportiva? ¿Y que tengan playas privadas, casas con piscinas, millones en bancos extranjeros, te parece bien? Acabaremos con esa calaña de una vez por todas. ¿Venganza? El que a hierro mata, no puede morir a sombrero, Chivo. Y somos justos, hasta les damos la oportunidad que se defiendan. Convéncenos, o mejor, convénceme de lo contrario. ¿Acaso no estás tú convencido y dudas de la justicia revolucionaria? Es una tarea necesaria en estos momentos decisivos. La acción de ajusticiarlos, de arrancar el mal de raíz, ejerce una gran influencia psicológica y moral sobre el pueblo cubano que es el verdadero artífice, el verdadero protagonista de esta victoria, el soberano. ¿Oíste el cañonazo? “Se acabó la diversioón. Llegó el comandante y mandó a pararr”... Vamos, no des más vueltas a la olla de tamales. Escoge: ¿Capri o Floridita? Lo que tú digas, dije, e incluso le di la razón argumentando que debíamos acabar con la burguesía y las clases privilegiadas que todavía dudaban si irse o no irse del país. ¿Un acto de cobardía? Quizás. Todos predicaban la misma cantinela. Como si el dinero fuese un crimen y la pobreza una virtud. Lo que tú digas, dije. ¿Justicia revolucionaria? Con ese tumbao aquello se convirtió en una cacería humana. Peritos del pasado y árbitros del porvenir.

DIECINUEVE PRIMAVERAS

Y UN INSTANTE

Tras la ventana la vida seguía su ritmo. De vez en cuando un pajarraco picoteaba el cristal. Magdalena le había traído jugo de tamarindo a Píriz, además de un libro que en la portada tenía el Museo Napoleónico, el cual hojeaba sentada en el sillón.

Qué bella se ve con su conjunto safari, ¿no es verdad?, comentó Magdalena refiriéndose a Lola que se acababa de ir. Bella cuando la conocí. Y la conocí, ¡mira qué casualidad, Magdalena!, muy cerca del Museo Napoleónico. Lee a ver qué dice eso, dijo Píriz.

Magdalena leyó un fragmento:

Los materiales, según se observa, fueron minuciosamente seleccionados: mármoles italianos, caobas, cedros, hierro forjado, cristalería europea, cantos de Jaimanitas. El interior lo rige la concurrencia de estilos. En cambio, el exterior es rustico: persianas francesas, arcos de medio punto, techos inclinados, cubiertas de tejas criollas. Este admirable inmueble, bautizado como Dolce Dimora, perteneció a Orestes Ferrara, un italiano que al emigrar a Cuba fue militar, coronel del Ejército Libertador, diplomático, periodista. Dentro se encuentra la colección expropiada en 1960 al multimillonario del azúcar Julio Lobo, más conocido como el Napoleón de Cuba. Ambos, Orestes Ferrara y Julio Lobo decidieron abandonar el país al triunfo de la Revolución. Escrutando el repertorio, que se encuentra en perfecto estado, gracias a la meticulosa labor del equipo

de conservación, incluso con la ingente falta de recursos que sufre la Isla, resultado del bloqueo imperialista, se puede observar desde un secreter fabricado por François Xavier Heckel, uno de los mejores ebanistas del Imperio francés, hasta una lámpara que le regaló Napoleón a su esposa Josefina para ornamentar su morada en París. Obras de Jean Vivert, Jean Baptiste Regnault, François Flameng, Eugenio Lucas Velásquez, Robert Lefèvre. Retratos de Murat, Fouché, Talleyrand. Una biblioteca especializada con más de cuatro mil volúmenes. Jarrones, porcelanas de Sèvres, tapices, bustos de mármol, una cajita de pinturas de María Luisa de Austria, un bicornio, una casaca, una máscara mortuoria del propio emperador, trajes de campaña, armaduras, sables, medallas, varios relojes de bolsillo, un catalejo, pistolas, un cepillo de dientes, soldaditos de plomo, un mechón de pelo, una muela.

El libro se titula *Tesoros rescatados por el pueblo en la Cuba revolucionaria*. El autor es Boyko Chilikov, arquitecto, innovador e historiador de arte. Búlgaro. En 1978 llegó a La Habana para culminar su estudio sobre la conservación del patrimonio cultural cubano. Para ello visitó los palacios y mansiones de magnates, políticos y aristócratas que dominaban la Isla antes de la caída de Batista.

Deduzco, dijo Píriz cuando Magdalena terminó de leer, que para el camarada Chilikov la tarea fue ardua, o no. Puedo equivocarme. Salvo ocho o diez edificaciones convertidas en museos a lo largo y ancho de la Isla, las otras, el noventa por ciento, o más, sufrieron un vandalismo tal, que sería difícilísimo reconocerlas si es que las vio en fotografías. Esas mansiones cubrieron la demanda habitacional que sufría gran parte de la población. ¡Al garete! Éramos el Robin Hood caribeño...

Hubo una pausa al entrar la enfermera. Venía a ponerle la morfina al ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos.

Qué recuerdos... ¿No bailas?, me tiró una directa aquel día en que nos conocimos en casa de Perucho, continuó Píriz. Soberbia, reverberante. Una mulata de diecinueve primaveras con un vestidito rojo y unas sandalias de charol, blancas... Sí. Tenía en la mano un cucurucho con mariquitas. De fondo... “Bacalao con pan, bacalao con pan, bacalao con pan”... No sé bailar, preciosura. Nunca he tirado un pasillo, le respondí sabiéndola en la jaula mientras apuraba el fondillo de mi daiquirí... “Bacalao con pan, bacalao con pan, bacalao con pan”... Querer es poder, dijo Lola meneando su espina dorsal.

CEBADA INSÍPIDA

Para conga, lo que se dice conga, Los Hoyos.... “La sidra El Gaitero, alegra al mundo entero”. “Con los vinos de la Mota, su paladar se alborota”. “Después de trabajar, el momento es de Polar”, tarareó Carmelo cuando se acabó la cerveza en Sueño. ¿Y ahora qué, Carmelo?, le pregunté. Nada, expresó abriendo los huecos de la nariz y engurruñando el mentón, gestos que indicaban su total disgusto. ¿Eres ciego, Chivo? Observa, la ingenuidad siempre está cercada de su propia pompa. Se a-ca-bó. Una cebada insípida nada menos que en perga, para anular, aunque fuese transitoriamente, nuestra condición de inermes. Carmelo, dije, a dónde quieres que nos dirijamos, ¿al carnaval o a La Habana? Habla claro, chico, que a ti no hay quién te descifre. Llevamos dos horas de quiosco en quiosco. Cuando no es por la gente es por la cerveza. Ahí tienes razón, Chivo. Pero mejor calcula que desde las dos de la tarde, hasta ahora, son cuatro horas. En dicho intervalo, solo hemos consumido dos pergas por cabeza. Estamos tan lúcidos como Piłsudski cuando dijo que la auténtica victoria era ser derrotado sin rendirse. Sigamos, dijo y seguimos. De Sueño llegamos a Plaza de Marte. De Plaza de Marte bajamos por Enramada y fuimos al parque Céspedes. Del parque Céspedes al Balcón de Velázquez. De ahí a Padre Pico. De Padre Pico, al no encontrar un quiosco con menos de setenta personas, bajamos por San Basilio hasta La Alameda. Poca elección y escasa variedad. En aquel carnaval, que yo recuerde, los ornamentos festivos fueron, casi en su totalidad, asiáticos. Figuras que con un paño rojo de diez o quince metros de largo y una careta de cartón adornada con chapas de Coca Cola, avanzaban sin dirección definida animando la festividad. Cierto es que la gente se sentía incitada por el espíritu del cambio, pero aquella importación, aquel cambalache cultural, fue un tanto improvisa-

do, atrevido. Como el único con mediana visión, y que a su vez conduce al díscolo reptil es el primer individuo, el resto, al no estar familiarizado con semejante disfraz, tropieza con todo lo que se ponga delante. Salió en el periódico: La cola de uno de los dragones de Aguilera terminó debajo de un Cadillac amarillo... En fin, de Sueño llegamos a Plaza de Marte. De Plaza de Marte bajamos por Enramada y fuimos al parque Céspedes. Del parque Céspedes al Balcón de Velázquez. De ahí a Padre Pico. De Padre Pico, al no encontrar un quiosco con menos de setenta personas, bajamos por San Basilio hasta La Alameda. No hubo, porque de eso se percató Carmelo, muñecones, zanqueros, bengalas, carrozas, faroleros, reinas de belleza, vendedoras de flores, ni algodón de azúcar, pero sí tractores con campesinos, camiones con orquestas, miles de banderas y estandartes del 26 de julio, y la novedad del año: dragones. Dragones que calificó Carmelo de sarnosos y atolondrados. ¡Vencimos!, proferí cuando de repente apareció una pipa. Creo que tu euforia acabará pronto, expresó Carmelo. ¿Por qué?, indagué sin saber a qué se refería. Fíjate bien, dijo y me fijé. En dirección de la pipa, que, dicho sea de paso, se parqueó junto a una tarima, avanzaba una comitiva presidida por Armando Hart, el ministro de agricultura de Indonesia y el ministro de asuntos exteriores de la República Árabe Unida. ¡Abran paso, abran paso!, ordenaban los militares desde ocho jeeps. Jeeps que fungían como muro de contención para la turbamulta que se arremolinaba en torno a los visitantes. Carmelo, dije, debemos pasar desapercibidos o no hacemos el cuento. Seamos anónimos. ¿Anónimos?, pero si ya lo somos, Chivo. Qué boberías dices, dijo. Cálmate. Serán unas palabras de inauguración. Quitarle la conga a esta gente es peor que quitarle la comida. Créeme. Tendrás tu cerveza, Carmelo, intenté relajarlo. Al instante sonó una sirena y se hizo un silencio ronco, desapacible. Un reflector gigante, instalado sobre un camión de bomberos iluminó la valla donde antes ponía su publicidad la firma Bacardí. ¿Y quiénes aparecieron estampados en la valla? Sukarno, Fidel y Nasser. De Armando Hart, el cual emprendió un discurso donde hablaba de los trabajadores, la campaña de alfabetización y los sindicatos, solo escuchamos la voz:

Santiagueros, pueblo heroico, cuna de Maceo y tumba de Martí, bienvenidos a esta fiesta popular donde el júbilo revolucionario se siente (APLAUSOS)... Calma, pueblo, calma... Para hacer patente el poder de la Revolución y el poder de nuestro Comandante en Jefe. Sepan bien, obreros y obreras, campesinos y campesinas, que no los abandonaremos jamás (APLAUSOS). Recuerden que la función principal del movimiento laboral es avanzar los planes de la Revolución y aumentar la productividad. Olvídense de los sindicatos (APLAUSOS). Los sindicatos... (una voz: ¡ABAJO LOS SINDICATOS!). Seamos consecuentes. Impliquémonos con ahínco en este momento histórico, pueblo aguerrido, entusiasta y alegre juventud, trabajadores y trabajadoras de todos los sectores de la provincia de Santiago de Cuba, pregunto: ¿qué hacen los sindicatos por ustedes? Y les respondo: nada (una voz: ¡Sí, NADA!). Por ustedes hace la Revolución liderada por nuestro Comandante en Jefe... (APLAUSOS). Esperen, déjenme terminar... (APLAUSOS)... por ustedes velan la administración estatal, las Fuerzas Armadas Revolucionarias... (APLAUSOS). Santiagueros, pueblo heroico, cuna de Maceo y tumba de Martí, queda inaugurada esta fiesta popular (APLAUSOS).

No me percaté de dónde, sin embargo, en el instante en que Armando Hart le echaba con el rayo a los sindicatos, empezaron a llover confetis, globos, serpentinas, ¡incluso soltaron palomas! Acto seguido, el pueblo gritó consignas una detrás de la otra: ¡Viva la Revolución! ¡Viva! ¡Viva Fidel! ¡Viva! ¡Viva Sukarno! ¡Viva! ¡Viva Nasser! ¡Viva!... Qué espectáculo, Chivo, dijo Carmelo y sacó el peine. Eso de peinarse las patillas no era un acto de acicalamiento, lo hacía cuando perdía el control. ¿No te das

cuenta? Facundia fútil. ¡Canallas!... Cállate, compadre, que en menos de cuarenta y ocho horas debemos presentarnos en el DTI, le rogué. Aquello estaba minado. Y encima Carmelo, que cuando el ataque al Palacio Presidencial ofreció a Fructuoso su casa como piso franco y que lo único que recibió de la Revolución por aquella balacera, fue un puesto de taquígrafo en el Ministerio de Defensa, era un peligro cuando abría la boca. ¡Abran paso, abran paso!, volvieron a la carga los militares, y Armando Hart, el ministro de agricultura de Indonesia y el ministro de asuntos exteriores de la República Árabe Unida, se evaporaron... “Adiooós, adiooós, adiooós. Me teeenngo que maaarchaaaar. Mañaana volvereéé. De nueeevo a esteee lugaaarr” ... ¡Vamos, avancen, avancen!, voceaban unas milicianas cuya indumentaria principal era un machete de plástico que blandían al son de la corneta china. Así fue, la conga nos engulló en lo que la pipa, sin vender ni una sola perga, se alejaba a velocidad supersónica hasta volverse un punto en el horizonte, sutil, imperceptible. Cebada insípida, así le llamaba Carmelo a la cerveza a granel... ¡Suéltlenme, coño! ¡Chivo, ayúdame, quítame a estas sanguijuelas de arriba!... Gracias, compadre. ¡De la que me has librado!, expresó Carmelo cuando logré acarrearlo por un pie, cuando logré arrebatárselo a la turbamulta enfebrecida. Lo juro, entró con camisa y lo saqué con bajichupa. Qué manera de ripiarlo, escupirlo. El pobre, se apoyó sin querer en la grupa de un dragón hembra que casi llegando a Martí, ¡mira adónde fuimos a parar!, se coló en la conga a soltar las suelas de los zapatos. Perdóname, Chivo. Bajé la guardia. Lo único que quiero es un vaso de agua, y lo dijo entre dientes, adolorido, con la respiración entrecortada. Lo clama mi estómago. Olvida la perga. Agua, Chivo, ¡agua! Ah, y mis más sentidas disculpas. Me costó reconocerlo, pero tienes razón, quitarle la conga a esta gente es peor que quitarle la comida. Vámonos para La Habana. Perdóname, Chivo. Bajé la guardia... ¿Carmelo? Un personaje semejante a Marchante, con labia, buena apariencia, pero resentido, inconformista. En ese arrollar forzado, ¡menos mal que no llevaba la documentación encima!, se le extravió la cadena de oro... Siempre digo lo mismo, para conga, lo que se dice conga, Los Hoyos.

PUERTO PRINCESA

Cuando entré al despacho del mayor Felipe Muza las puertas estaban abiertas de par en par. Como de costumbre hice un paneo. Gajes del oficio. Identifiqué uno de los cuadros que sacamos de la mansión de Julio Lobo o los hermanos Fanjul. Me falla un poco la memoria, pero doy mi brazo a torcer que era de uno de ellos, dijo Píriz. En el buró de caoba vio un revoltijo de periódicos, una montaña de expedientes, un busto de Martí, una maqueta de barco, un yunque que hacía de pisapapeles, un reloj de arena, una matrioska, una lechuza disecada, un cenicero en forma de góndola, una guillotina en miniatura, una pluma Parker, y la funda de una Colt, la cual en ese momento brillantaba el mayor Muza. ¿Quién lo manda, compañero?, indagó. Y entornó los ojos para pronto parpadear compulsivamente con el ojo derecho. Era un tic que tenía desde que murió en la batalla de Guisa el sargento de segunda Adriano Gamboa. Encima de la cabeza de Píriz una lámpara de lágrimas con esqueleto de bronce y ciento dieciocho bombillos de sesenta watts. Vengo de parte del coronel Matías Sorní, dijo Píriz extendiéndole la carta de recomendación. Déjala ahí. Acomódate, indicó el mayor Muza soltando la Colt para coger un Montecristo y decapitarlo. De fondo “Como baila Rita, la Caimana”, y a la izquierda de Píriz, un espécimen de las milicias machacando una máquina de escribir debajo de dos cuernos de elefante que custodiaban un cartel donde se leía: MUERTE A LA BUROCRACIA. AQUÍ TODOS EMULAMOS. Anjá, anjá, profería Muza leyendo la carta de recomendación. Luego vino el interrogatorio:

—Dejémonos de bobería y vayamos al grano. Germán Píriz, ¿no? Según Sorní fuiste ayudante de cocina en la Sierra.

—Bueno, no tengo el título, pero me defiendo.

El espécimen de las milicias le dio candela al Montecristo. Ahí fue cuando Muza preguntó si había oído hablar de él en la Sierra. Píriz respondió:

—Algo...

—¿Algo? ¡¿Algo?! Adelante, desembucha. Me encantan los rumores.

Como un resorte Píriz se levantó y alegó cuadrándose con la mirada firme, con la mirada puesta en el busto del Apóstol:

—Lo que sabe todo el mundo, mayor Muza. Hablan de su coraje, su arrojo...

—Je, je, je... Siéntate, Píriz. Dejémoslo ahí —dijo sonriendo cínicamente—. Dime, ¿tienes conocimiento de dónde se ubica geográficamente Puerto Princesa?

Respondió que sí, que había estado varias veces en Puerto Príncipe.

—¿Alguien oyó que dijera Príncipe, eh? —tiró la pregunta como quien tira una bala de foguero—. Vaya cuadrilla a enrolar. ¡Un mapa, carajo!

Entonces con rapidez meteórica el espécimen de las milicias le dio un mapamundi que sacó del chiforrober. Chiforrober que más tarde Píriz vio en casa de Yeyé un día que fue con Junípero Marín, de ébano.

—¡Coge y grábatelo con sangre si quieres ser marinero!

—Entendido, mayor Muza. Entendido.

—Toma, rellena también la planilla y firma el consentimiento... ¿Alguien oyó que dijera Príncipe, ¿eh? Berracos.

Una matrioska, una lechuga disecada, un cenicero en forma de góndola... ¡Ciento dieciocho bombillos de sesenta watts!

JABÓN CANDADO

No es normal, esos deben ser los efectos secundarios de los sueros citostáticos, la morfina, qué sé yo. ¿No te parece que delira?... Y tú, ¿crees en Dios? El sondeo de Magdalena, la cual como de costumbre tenía la Walkman en ristre, surgió después de que el ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos renegara diametralmente del materialismo dialéctico para ponerse en manos, a grito pelado, del santo de los enfermos: ¡Sálvame, San Lázaro! ¡Ayúdame, Padre! ¡El sueño atómico ha sido mi tumba! ¡Iré arrastrado al Rincón! ¡Esto no es un problema terapéutico sino de fe! Perdóname, San Lázaro, ¡he estado ciego!, profería. Y ciego estaba, por lo menos en el plano material. ¡Sácame de aquí! ¡Haz un milagro, Babalú Ayé!...

Deduzco, respondió Píriz cuando la morfina que le pusieron al ingeniero de la Central Electronuclear de Cienfuegos hizo su efecto, que quieres una respuesta porque solo los niños y los agonizantes dicen la verdad. No lo digo yo, lo dicen los entendidos en esos temas... “Siempre que te preguuunto, que cuaaándo, cómo y dónde, tú sieeempre me respooondes, quizás, quizás, quizás”... Quizás, Magdalena. Te explico. Si esto es un instante de continuidad, si de ser nada te conviertes en algo porque nada está inerte, si Dios se agita, si vibra en cualquier forma de manifestación: piedra, mar, montaña, río, ceiba, un campo de maíz, si Dios es un cernícalo, un ancla, una ráfaga de viento, un tifón, o esos armatostes en los que bregué, creo en él. He vivido entonces como un creyente. *Liberté, égalité, fraternité*. Fíjate si creí, que jamás hice distinción entre un católico, un burgués o un homosexual. Creo en la vida, en la materia y...

Magdalena lo interrumpió:

—¿De dónde te robaste eso, tío?

—He leído, Magdalena. He leído... Pero volvamos al punto. Con semejante pregunta recordé la angustia que sintió el Señor de la Vanguardia al recibir aquella carta que todos los rebeldes de su Columna leímos. Porque Camilo era como un dios en la tierra. Aquel grito de desesperación vino de La Habana casi al triunfar la Revolución. Escucha:

Estimado Camilo:

Soy una monja sexagenaria. En horas de la madrugada del pasado martes, varios individuos penetraron en el convento en forma violenta y descompuesta. Me obligaron a vestirme en su presencia y me condujeron junto a otra monja y una maestra católica, a una casa en La Lisa, no sin antes despojar a Sor Teresa de cuarenta y un pesos y a mí de un crucifijo de oro.

Uno de esos endemoniados, pues eran cinco, me profirió los peores improperios. Fuimos golpeadas, azotadas. Y otras cosas que dan vergüenza describir en esta misiva. ¡Qué horror! Sépalo usted. Nos tiraban de los pelos y nos halaban las orejas. Pero en mis hermanas y en mí se obró un milagro. Cuando más sufríamos, cuando más creíamos estar al borde de la demencia, la imagen del Redentor de la Cruz nos iluminaba, dándonos fuerzas para soportar el suplicio.

Nuestro delito es amar profundamente la tierra que nos vio nacer. Ni las indecibles torturas a las que fuimos sometidas pertinazmente durante tres días, ni el espanto de volver a caer en las garras de esos criminales, podrán silenciarnos. Rezaremos un rosario y todos los que sean necesarios hasta que bajen a liberarnos. Hora es que el mundo conozca los oprobios de esta dictadura.

¡Siga adelante, Camilo!

Sor Eduviges

Desconfiada, ante el exhibicionismo de tal reminiscencia, Magdalena lo volvió a interrumpir:

—¿Te la sabes de memoria o te la acabas de inventar?

—La retengo intacta. Mira, fue tan ilusionante todo, hubo tal efervescencia política, tal efervescencia social, que Cuba estaba electrizada en espera de grandes acontecimientos. Cuando bajamos ni sé cuántas monjas me abrazaron. Vociferaban hasta desgañitarse: ¡Hijo de Dios! ¡Hombre de brío! Lloraban, reían. Estaban frenéticas.

—Qué emoción. A mí también, incluso con todas las cosas que me cuentas, me hubiese gustado ver la caravana y saludar a los guerrilleros del Ejército Rebelde. ¿Entonces las monjas creían en la Revolución?

A lo que Píriz respondió:

—Por supuesto, Magdalena. Por supuesto. También yo creía en el poder del Jabón Candado.

CHÓ CÁNH GIÁC

Esa noche, durante la cena que le ofrecía el general Arnaldo Oropeza a Chó Cánh Giác, ministro de finanzas de la República Popular de Kampuchea, entraron en la cocina unas seis o siete mujeres que parecían jóvenes. Parecían. Sin prestarse a engaños, es difícil adivinar la edad de una asiática. ¿Es usted el cocinero?, indagó una de ellas mientras las otras, con abanicos de papel, se limitaban a sonreír dejando entrever los dientes. Cuando asentí, hizo una reverencia ante el caldero donde hervían las langostas, sacó un pozuelo de una jaba y dijo con tono entusiasta: ¡Gracias, camarada! La comida de su país es exquisita. Eso que sirvió antes, continuó señalando lo que quedó del tasajo y el arroz frito, ha conquistado el paladar del ministro de finanzas de la República Popular de Kampuchea. Todo eso en perfecto español. Lo único que la delataba, ya que en su voz no distinguí diferencia alguna entre su acento y el mío, era que medía un metro y cuarenta de altura, y como el séquito, por ojos tenía un par de alfileres en plano horizontal. Le repito, nuestra delegación, prosiguió sin quitarle ojo al resto de compatriotas, le agradece su labor revolucionaria, su entrega. Le ha gustado tanto lo que cocinó al camarada Chó Cánh Giác, tanto, que desearía llevarle un poco a su perra que está en tierra esperándolo. Una perra inteligente, fiel. Tome el pozuelo, por favor. Gracias, gracias, expresó incluso antes que se lo llenara. Y se lo llené, pero se lo llené no solo de tasajo y arroz frito, sino que agregué aguacates, tostones, y algo de yuca. Gracias, gracias, repitió y salieron en tromba doblando el lomo en señal de reverencia, ¡sin dar la espalda! Gente muy ceremonial. Y La Aragón y las consignas a todo meter... ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Vivan los países no alineados! ¡Abajo el Imperialismo! ¿Yo? Ahí, con una misión, por lo menos en la marina, nueva para mí. Al cocinero oficial lo congelaron por orden explícita del general Arnaldo

Oropeza. Contingencias. En el sitio donde nos hallábamos era imposible repatriarlo. Murió intoxicado dos semanas antes con unos pescados que nos trajeron del Mekong. Todavía lo tengo en la retina. De blanco. Con mi chaqueta almidonada, impecable. Veintisiete comensales. Al sacar las langostas, las cuales serví con una guarnición de tomates asados y crema de pistachos, vi a la mujer del pozuelo susurrándole algo al oído a Chó Cánh Giác. Y Chó Cánh Giác a su vez llamó al general Arnaldo Oropeza. Y el general Arnaldo Oropeza acudió *ipso facto* a la mesa de Chó Cánh Giác. Entonces, con la bandeja de langostas en las manos, humeantes, despidiendo su olor característico cuando son frescas, cuando se meten vivas y chillando en el agua hirviendo, el capitán Bernabé Tellechea mandó a apagar la música e hizo llamar a la tripulación al completo obedeciendo la orden del general Arnaldo Oropeza. ¡Silencio! ¡Tenemos un comunicado de última hora! ¡Presten atención! Me quedé paralizado en medio del comedor con la bandeja en alto por lo menos diez o veinte minutos, quizás quince. Ahí, resistiendo. ¿La atmósfera? Para qué contar, como los estómagos de los comensales, espesísima. ¿Cuál es la novedad?, pregunté para mis adentros. Una hora antes aquella misma mujer, la cual sospeché, nunca se sabe, fuese la traductora de la delegación, me había agradecido y hasta pedido un poco de comida para la perra de Chó Cánh Giác. ¿Qué falló? El salón a rebosar de coroneles, capitanes, camboyanos. ¿Aquel pozuelo no iría directo a un laboratorio y lo de la perra era una excusa de la contrainteligencia vietnamita, o de la china? En suma, la batalla sobre los límites del internacionalismo socialista y la intervención en terceros países se estaba librando en La Habana. ¿Y quién estaba allá? Heng Samrin. No juega la lotería con el billete, pensé. Estábamos fondeados en el puerto de Sanya. ¿Qué hacía una delegación de la República Popular de Kampuchea con ministro de finanzas incluido en Hainan? Felicidades, camarada Germán. Deje la bandeja ahí. ¡Vamos, hombre, bájela! El pueblo, el único soberano de la República Popular de Kampuchea le da las gracias por su dedicación y esmero, dijo el general Arnaldo Oropeza y me dio un fuerte abrazo cuando logré colocar las langostas en la mesa de Chó Cánh Giác. Felicidades, repitió. Entonces Chó Cánh Giác, con la euforia que sobreviene al quinto trago

de tequila, cuando observó los caparazones naranjas que cubren esa masa suculenta y apetecible, dio un sonado discurso que luego tradujo el capitán Bernabé Tellechea donde aseveraba que el Imperialismo es el principal obstáculo para el Tercer Mundo. ¡Viva el presidente del Consejo Revolucionario del Pueblo Heng Samrin! ¡Viva! ¡Viva el Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba Fidel Castro Ruz! ¡Viva! ¡Viva la Asociación Nacional de Mujeres para la Salvación de Kampuchea! ¡Viva! ¡Viva el general de División de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Arnaldo Oropesa! ¡Viva!, gritamos a coro. Al instante los aplausos, los cuales tenían una sincronización fuera de lo común, un ritmo acelerado, triunfalista. Y me condecoró, y aquí viene la sorpresa, fui el primer extranjero en obtener dicho honor: Héroe del Trabajo de Segunda Clase. El mismo Chó Cánh Giác me colgó la estrella en el gorro de cocinero. Se desconcharon varias botellas de Dom Pérignon. ¡Oh, la envidia, el gran opiáceo del alma insular!, como dijera el difunto Marchante... Sí. En ese instante donde todo era júbilo, en ese preciso momento donde brindábamos por la fraternidad entre los pueblos, el derrocamiento de las clases opresoras y el triunfo del bloque socialista fuera de Europa del Este, algunos marineros hubiesen querido degollarme, pues una condecoración así, incluso sin título de cocinero, abría cualquier cerrojo. Gracias a esa estrella de níquel comenzaron mis viajes a Japón. Así fue, jamás pisé la República Popular de Kampuchea de la cual soy héroe.

LA TIENDA DE CAMPAÑA

Cuando se le apagó el resuello al ingeniero de la Central Elictrounuclear de Cienfuegos, trasladaron el cadáver, limpiaron y desinfectaron la cama, la tendieron, y lista para el próximo inquilino.

Poco a poco se va liberando el espacio. Ahora quedamos dos. O bueno, uno y medio. Aquel de allí parece un vegetal. Según Lifunisabo tenía algo que ver con la cultura en Guinea Bissau o Guinea Ecuatorial, dijo Píriz tomándose un jugo de tamarindo. Dos horas más tarde llegó un nuevo compañero de habitación. Severo Peñafiel Erredondo, mecánico de grúas de Antillana de Acero. Cubrieron su cama con una especie de tienda de campaña. ¿Qué le pasó, Magdalena? ¿Averiguaste algo?, curiosoó Píriz cuando salieron las enfermeras.

Ocurrió lo siguiente:

Hubo una explosión en Antillana de Acero mientras le daban mantenimiento a la Depuradora de Gases, y eso provocó ocho muertos. El compañero Severo Peñafiel Erredondo no estuvo ni remotamente cerca del incidente. No obstante, producto de la onda expansiva y los objetos volantes, perdió ambos brazos. También tiene quemaduras de tercer grado en lo que le resta de cuerpo.

No ocupará mucho tiempo este habitáculo, pensé. ¿Han visto a algún pájaro cagando para arriba?

EL CAZADOR, EL TIGRE Y EL ZORRO

Dos carneros no beben agua en la misma fuente. El perezoso dice mañana, pero esto es nunca. El silbato que rechaza la voz no se hará entender. La araña jamás afloja su tela. Un mal con un bien se paga. Un tigre después de pasar una noche con hambre es más fuerte que un perro bien alimentado. Oturupon-Ejiogbe, eso fue lo que te salió en la mirada de Orula, dijo mi cuñada. Isabel, no te preocupes, dije. Estoy amarillo, pero bien. No estás para nada bien, Píríz. Lo dice Orula... Bueno, y también los médicos que te están atendiendo. No podemos perder ni un minuto. Ya lo tenemos todo preparado. Todo preparado para qué, Isabel, indagué. Para hacerte santo, Píríz, dijo. Seguir con las manos cruzadas es muy peligroso. Ni te preocupes. Será este fin de semana. El TAC, si nada ha cambiado, te lo hacen el próximo martes. ¡¿Cómo?! ¡¿Qué me estás diciendo?! Ahí sí que no entro. ¡Quién planificó esta locura! Sería el colmo, santero yo... Píríz, dijo Isabel batiendo un papel en el aire, a qué le temes, ¿a la Revolución o a la muerte? Tranquilízate. Nadie lo sabrá. Coge, lee y guárdalo. Escucha consejos.

El contenido es el que sigue:

Patakí de Oturupon-Ejiogbe

Había una vez un hombre noble, sin maldad, era cazador. Únicamente cazaba lo que necesitaba para vivir.

Un día salió a cazar y sintió un terrible sollozo que salía de un hoyo, el cual estaba cubierto con una piedra. Levantó la piedra y cuando miró, advirtió que dentro había un tigre triste y atrapado. Este le rogó al cazador que lo sacara

de ahí, que él era un animal muy bueno y agradecido, pero el cazador le dijo:

–Mira, Tigre, no te puedo sacar de esa trampa porque si te desentrampo, luego... Mmm...

–No, buen hombre, debes confiar en mí. Te lo agradeceré eternamente. No miento. Te doy mi palabra.

–Ok. Me das tu palabra. Sin embargo, bien sé que cuando te desentrampe me vas a querer zampar, por eso vamos a hacer un trato. Al desentramparte llamaremos a tres testigos para que veas que un bien, se paga con otro bien.

El cazador sacó al tigre del hoyo, y cuando este se vio libre expresó:

–Siento mucho, buen hombre, no poder cumplir lo prometido porque tengo un hambre de tres pares– dijo casi atacándolo.

–¡Frena, frena! Recuerda que teníamos un trato. ¿Lo olvidaste?

–Bueno, como tú digas. Vamos a buscar a esos tres y veremos quién tiene la razón.

Primero vieron a una vaca.

–Oye, Vaca, ¿es verdad que un bien se paga con otro? – preguntó el tigre.

–¡Uyuyuy! Qué sandeces dices, por Dios. Un bien se paga con un mal, porque cuando yo era joven di leche por tubería y ahora que soy veterana me lanzan aquí para enviarme de cabeza al matadero– dijo la vaca.

–Ya faltan dos, buen hombre. Arreando que tengo una sinfonía en las tripas– dijo el tigre.

Más adelante se toparon con un caballo.

–¡Eh, Caballo!, ¿no es verdad que un bien, con bien se paga? –preguntó el cazador.

–Pero eres bobo, o qué. Un bien se paga con un mal, porque antes sacaba a pasear a mi amo, al hijo y al nieto, me cogían para arar la tierra, recoger el trigo... ¿Y ahora? Ahora que soy un vejestorio me han tirado a la tonga. Pero eres bobo, o qué.

El cazador intentó persuadirlo, pero fue absolutamente inútil.

–Bueno, buen hombre, perdiste. Por consiguiente, te zamparé.

–Tienes razón, Tigre. Bien sé que estoy en el pico de la piragua. Pero como un trato es un trato, no un truco, falta la opinión de un tercero.

–Date prisa, coño, que con el hambre no se juega, eh– dijo el tigre.

Entonces el cazador vio a un zorro debajo de un jacarandá tomando canchánchara en una jícara:

–Zorro, disculpe que moleste su descanso. Solo le haré una pregunta: ¿no es verdad que un bien, con un bien se paga?

–¿Cómo dices? – indagó el zorro mientras libaba, sorbo a sorbo, el sabroso néctar.

–Digo que, si no es verdad que un bien, con un bien se paga – repitió el cazador.

El zorro apartando la jícara los miró a los dos y dijo:

–Bueno, explíquense bien porque no entiendo de qué va la cosa.

–Mira, Zorro, lo que pasó fue que fui a una loma y resbalé. En resumidas cuentas, caí en un hoyo y, para colmo, una piedra le cayó encima al hoyo. Nada, que estaba entrampado y no podía salir– expuso el tigre.

–¡Qué va!, eso es un embuste. No me lo creo. ¿Me lo explicas de nuevo?

El tigre le contó la historia de cabo a rabo.

–Por eso hice un pacto con el cazador. Zorro, pero no puedo cumplirlo. Tengo una canina que me zampo hasta a mi madre.

–Tigre, no me cuentes la historia del tabaco que tampoco soy vegetariano.

–Zorro, acaso me llamas mentiroso, ¿eh? –dijo el tigre.

–Pues si quieres que te crea llévame al lugar y explícame ahí mismo cómo sucedió todo este embrollo.

Los tres partieron. El tigre trepó la loma y se empotró en el hoyo de donde lo desentrampó el cazador.

–¿Cómo me dijiste que estaba la piedra, Tigre?
–indagó el zorro.

Entonces el tigre le explicó al zorro cómo estaba la piedra. Acto seguido, el zorro la puso en el mismo lugar. Cuando estuvo convencido de que el tigre no podía atacarles porque estaba atrapado en su trampa, llamó al cazador y le dijo al tigre:

—Ves, Tigre, un bien se paga con un bien. ¿Lleva razón el cazador o no?

Al leer aquello doblé el papel y le dije: no entiendo de qué va esto, Isabel. Perdona mi ignorancia, pero ¿quién escribe esos trabalenguas?! Ambos estábamos en el lobby del Ameijeiras esperando a Lola para entrar juntos a la consulta. Por lo mismo, Píriz, respondió. Porque no entiendes te has pasado la vida confiando en un tigre. Con esa letra que te salió en la mirada, ¡Dios te libre!, hay que correr. ¿Trabalenguas? Se padece del estómago, el vientre, los pulmones. Si te sirve el sayo... Debes tener cuidado con las bebidas alcohólicas. ¿Trabalenguas? No puedes comer maní, mamey colorado, canistel, judías blancas ni quimbombó. ¡Maferefun Yemayá! ¡Dios te libre!, dijo. Antes de dicha conversación estuve un año con una dieta bastante restrictiva: casquitos de guayaba y jugo de toronja. Los médicos pensaban que tenía hepatitis.

BENIGNO DA COSTA

Tienes un mensaje del general Lamata, me dijo el mayor Muza. Te enrolas como camarero, pero serás camarada. Entendido. Así será, dije. En mi vida he cancanado. ¿Lo de África? Una guerra sin ton ni son. Como a las cuatro de la tarde llegamos a la bahía de Cienfuegos. Sin atracar, uno de los altos mandos al frente de la misión enchufó seis altavoces que, repartidos por diferentes zonas estratégicas del barco, reproducían el discurso del Comandante en Jefe donde apoyaba al pueblo angolano, y de paso, animaba a los que iban a alcanzar la gloria: soldados, carpinteros, electricistas, mecánicos, plomeros, albañiles, radiotécnicos, fotógrafos, médicos, enfermeros, y más de mil soldados. ¿Cómo le digo a la Chiva que esto pica y se extiende?, pensaba. Sin darnos cuenta, todo ocurrió en un breve lapsus de tiempo, subieron los estibadores, el armamento, las municiones, el abastecimiento, los cañones antiaéreos, e incluso zarpamos. Le habíamos declarado, con el objetivo de internacionalizar la Revolución, la guerra a Savimbi, o a todo aquel que estuviese en contra de Agostinho Neto. “Vamos a crear uno, dos, tres Vietnam”, decía otro entusiasta. El general Lamata, rebautizado Benigno da Costa, ya estaba en el terreno organizando las escuelas militares. Del siguiente crucigrama extraje cuál sería mi función:



A los nueve días de navegación nos cogió la primera de cinco tormentas. ¡Días amargos! ¡Solo la virgen de Regla sabe si llegamos a puerto!, vociferaba Fotuto con el abatimiento irreductible de la aceptación. Un tipo afable. En los viajes que hice con él amenizaba las horas muertas en alta mar con algo parecido a una flauta. Mecánico. Cuando se metía aquel pito en la boca creíamos escuchar a Richard Egües. Qué bárbaro. No aguantó. Y llevaba razón. El barco parecía el Arca de Noé y no teníamos ni cuervos ni palomas. En caso de naufragio, dos botes. Y los chalecos salvavidas ¡contados! A todas estas, y ocurrió en la totalidad del trayecto, seguían los altavoces en una especie de bucle de cinco de la madrugada a diez de la noche... ¡Qué camuflaje, digno de Guirand de Scévola! Píriz, no es que seamos invisibles, es que, sin proponérselo, quien nos observe desde lejos, la ilusión óptica le hará ver un dálmata marrón, bien moteado y parejo, fruto del detritus humano y sus efluvios sonoros, dijo Dionisio Marchante. Maquinista. Un personaje enjundioso, jovial. ¡Qué camuflaje! A las dos semanas de navegación el barco era eso, un dálmata o un leopardo sin su monte seco y pardo, como el verso aquel. Según él, los altavoces, y no las tormentas ni la comida fueron los causantes de aquellas cagaderas multitudinarias a babor y estribor. Sin jaranas, ¿las siete plagas del Apocalipsis? Un simple salpullido. Cucarachas, ratones, sarna, ladillas, piojos, pulgas, garrapatas, gastroenteritis, neumonía, herpes, tomaron posesión de aquella letrina flotante. ¡Días amargos! ¡Solo la virgen de Regla sabe si llegamos a puerto!, vociferaba Fotuto rivalizando con los altavoces. De vez en cuando, súmale a eso el hambre que empezaba a hacer acto de presencia, un prelude bélico: fusiles, ametralladoras, bazucas, lanzallamas, hasta los cañones antiaéreos hacían su paripé. “Vamos a crear uno, dos, tres Vietnam”, decía otro entusiasta. Ay, Píriz, si mi rottweiler volara, mi rottweiler tendría alas... En resumidas cuentas, incluso con el hábito de la disciplina, sin el verdadero a degüello, carentes del ardor patriótico, como bestias resignadas, lo que cosecharán con semejante dislate será una hecatombe. Frases visionarias del propio Marchante. Que en paz descanse. Partió cuando el Mariel y a los cinco años cogió cáncer de pulmón. Sus últimos días los pasó en una clínica privada en Paradise. Raquel habló por telé-

fono con él mientras pudo, luego con las enfermeras. Me envió un cable: Muerto Marchante en Villa Serena. Sereno se marchó. Luego me enteré de que lo amortajaron con una chaqueta de piel con el logotipo de Los Ángeles del Infierno, un pantalón campana y unos zapatos de cocodrilo, en su cabeza un sombrero de cowboy y, en las manos, en lugar de un crucifijo, un cartón de Marlboro. Él mismo se pagó el funeral. Nada más bajarse de la lancha lo hizo con el pie derecho. Un sobrino lo colocó en la USA SALES TOTAL CARS & BEST MOTORS como vendedor de carros de segunda mano. Incluso hacía publicidad en un canal de televisión. En Miami-Dade... Ni lo lloré. Para qué llorar. Al contrario, brindé por él en un puerto de Holanda con un buen daiquirí. Guindó el sable, pero cumplió su sueño: comprarse una Harley-Davidson... Sí, estuve bajo el mando del general Simón Lamata en África. ¿Por qué? Simple, fui su subordinado cuando trabajé en el Ministerio de Defensa. ¿Has entrado en un laberinto? Ahí tienes la respuesta, una vez dentro es muy difícil salir.

CONEJO A LA FLAUTA

En cuanto lo desenrolaron del Coral Island Fotuto se esfumó. ¡Ni por un instante pensé que lo habían internado un año en Mazorra! ¿Fotuto? ¿Eres Fotuto?, le pregunté. A ojo de buen cubero pesaba como treinta kilos menos, o más. Sí, Chivo. No me reconoces, ¿eh? Me molieron el espinazo a palos. Turulato yo... Chícharos aguados y una vez cada quince días, con suerte, tilapia. Dime algo, compadre, ¿el faisán está en el nido o no está en el nido? Mi única preocupación es entonarme el buche. Tengo un bache aquí, aquí..., repetía insistentemente, con los ojos desorbitados, señalándose el estómago. Chivo, si a un perro le cortan una pata es un perro sin pata. Lógico, ¿no? Si le cortan el rabo, es un perro sin rabo. Pero si le cortan la cabeza, ¿qué es? *Memento mori*, Chivo. Tanto tú como yo, bueno, como todos los que nos metimos en esa cueva de alacranes somos carnaza de *forget*. A patadas por el culo y buchitos de agua, así nos tratan. Tengo un bache aquí, aquí... Habla, ¿el faisán está en el nido o no está en el nido? Mi única preocupación... Olvidalo, Chivo. Mejor responde otra pregunta: si dos marabuceros salen de un marabuzal y uno sale sucio, ¿quién se aseará primero? Ándate con cuidado porque vivimos la noche de los muertos vivos o el día de los vivos muertos. Todo en un mismo envoltorio. Turulato yo. ¡Habla! ¿Tienes veinte guayacanes que me prestes? Chivo, nunca pensé que la Seguridad del Estado utilizara métodos tan sofisticados dignos de la KGB o la CIA. ¡Me pusieron enemas para mí y para el ángel de mi guarda!... Hablando de enemas, Chivo, ¿tienes presente a Teófilo Mastuerzo, el mayordomo del Capitán San Luís, el que decía que con Batista se comía una completa en cualquier fonda? Ahí está, en el pabellón 44. Esquizofrenia paranoide. Pobre tipo, compadre. Sin pamplinas, pongamos por ejemplo que grita: ¡Hemos sido engañados!, un enema. ¡Abajo el comunismo!,

un corrientazo. ¡Hemos sido engañados!, un enema. ¡Abajo el comunismo!, un corrientazo. Y así ininterrumpidamente. Chivo, sin raciocinio. No tapa la cueva de debajo de la nariz. Teófilo, sí. ¿Lo tienes presente? Su average entre enemas y electroshocks es incalculable... “Ya lo pasaaado, pasaaadooo. Nooo me interee-saaa, Si antes sufrií y lloreeé... Todo quedooó en el ayeeer... Ya oolvideeé, ya oolvideeéé, Ya oolvideeéé” ... ¿Me copias? Esto sí no me lo quita nadie. Canto. Pero canto por no llorar. Allí mismo, nada más entrar en la boca del lobo me despojaron de mi único aliciente, la flauta. A ver, qué crimen cometí. Si no hubiéramos ido a esa misión, si no hubiéramos estado al borde del naufragio, ¿hubiese implorado a la virgen de Regla? Del ovillo se saca el hilo... ¡Ajila, Chivo! Si va un camión con trecientos monos, lleno hasta las estacas, y si en cada curva se va cayendo uno, ¿cuántos monos quedan al terminar el viaje?... No, no, mejor responde esta otra: una isla tiene forma de bumerang y está rodeada por un mar de cien kilómetros de extensión. ¿Cómo se puede salir de la isla teniendo a disposición dos tablas? Cada una de ellas mide nueve metros de longitud con un metro de ancho. ¡Cortando huevo se aprende a capar, Chivo! Turulato yo. Yo, que me disloqué la clavícula en el Cordón de La Habana. Yo, que fui el primer microbrigadista de la Ñico López. Yo... Por fin, Chivo, qué tiras al agua. ¿Me prestas o no los veinte guayacanes?...

Uno de los efectos colaterales del hambre es enaltecer fervorosamente el pasado. Mientras más hambre se tiene, más radical se es. Una metralleta con una guapita de rombos y unas botas que gemían no, que aullaban misericordia. Me lo topé en el zoológico de 26. Intentaba, con ahínco paleolítico dar caza a algo parecido a un buitres o una tiñosa. ¿Fotuto? Buen comensal. Le dediqué un plato en los sesenta: Conejo a la flauta. Fácil. Dependiendo de las raciones la mitad de un conejo o un conejo entero. A mí me gusta adobarlo por la noche. Se coge un tomate y se corta en cuadritos. Y al sartén. Cebolla, ajo, pimiento y puré de tomate. Se exprime una naranja sobre el conejo. Ni limón ni vinagre. Naranja. Detrás de las alcaparras echas caldo y un buen chorro de aceite. Media hora. En cuanto está, se apaga la candela y se pone el perejil. Lo acompañas con espárragos, para mí, el vegetal más parecido

a ese instrumento musical. Lo que no sé es dónde se consiguen espárragos en La Habana. Pero sin espárragos... Bueno, quizás ahora se consigan. ¿No se acaban de robar una jirafa? ¡Una jirafa! El *Granma* dice que se escapó. ¿Alguien se puede imaginar una jirafa galopando por 26 como si estuviese en Camerún o Botsuana? Tanto el zoológico como el acuario son sitios necesarios para el disfrute y esparcimiento del pueblo trabajador. No obstante, sin la debida vigilancia... ¡Dios, paz y Fidel! ¡Dios, paz y Fidel! ¡Dios, paz y Fidel!, profería Fotuto para pronto amenizar las horas muertas en alta mar. ¿Se habrá robado la tiñosa?

EL BIOMBO

Eran las diez de la mañana. Fue horrible escuchar los quejidos del mecánico de grúas de Antillana de Acero, y más horrible convencerlo de que debía curarse. ¡¿Qué coño es esto?!, gritó a las enfermeras. ¡No quiero que me toquen! ¡Basta ya! ¡Déjenme en paz!

Píriz estaba de lado, mirando a la pared. Se oyó a una enfermera que hablaba con la otra:

–Puedo hacerme la de la vista gorda con algunas curas, pero con quemaduras de tercer grado no. Mira en qué condiciones están estos vendajes.

–Unjú.

El biombo, al ser la cama más cerca de la ventana y, además, estar protegida por una especie de tienda de campaña, tapaba la luz solar. Lo que hacía que la habitación se viera más oscura de lo que realmente era.

Píriz se giró y llamó a una de las enfermeras:

–Compañera, si no le es molestia, ¿puede apartar un poco el biombo o encender esta luz, por favor? Quisiera leer el periódico.

Se refería a la luz de encima del cabecero. Hacía más de una semana que Píriz no se sentaba en el borde de la cama. Sus fuerzas habían menguado significativamente.

–Así que apartemos el biombo, eh, compañero Germán, dijo sarcástica una de las enfermeras. ¿Sabe lo que significa la palabra paciencia? Mírenos.

Mirar no se podía. Hablaba a través del biombo. Sí. Mírenos,

la secundó la otra. El mecánico de grúas de Antillana de Acero gritaba a más y mejor:

–¡Al carajo! ¡Lo que quiero es morirme, desgraciadas! ¡Déjenme!

–¿Lo ve? Está poniendo nervioso al compañero Erredondo. Le explico algo, compañero Germán, –dijo más elocuente –somos profesionales de la salud. ¿Sabe el riesgo que corremos, no solo las enfermeras, sino ustedes, los pacientes, si con los guantes usados una de nosotras le enciende la luz para que lea el periódico? Quédese pensando.

–Sí. Quédese pensando –la secundó la otra siempre a través del biombo.

–Lo pensaré.

¡TIEMBLA, SAVIMBI!

Será impresionante cuando, como expresé antes, embosquemos al enemigo al amanecer, y el sol, todavía oculto, o enseñando muy sigilosamente sus penetrantes y ardorosos rayos detrás de las montañas, sea testigo de nuestra victoria. Porque allí donde pisemos, donde nuestras botas en medio del humo y el polvo dejen sus huellas, huellas indelebles, justas, libertarias, la pagarán caro. Verás, Chivo, no dejaremos títere con cabeza, lo escribiré todo, expresó Sandalio Peruyera. Luego me explicas, Sandalio. No seas porfiado. Déjame ayudarte, coño. No perdamos un segundo que esto se va a poner peor, intenté persuadirlo. Luego me explicas. Y lo saqué a rastras del blindado en llamas, en un volido. Eh, ¿y este ajeteo, Chivo? ¿Entramos en combate?... Descansa, compadre. Qué bárbaro. ¿Tienes sed? Coge la cantimplora, le dije. ¿Sed? Negativo. Lo único que me tomaría ahora es una sopa caliente. Campana, Chivo, estoy campana. Vamos, ayúdame a pararme. No dejaremos títere con cabeza. ¡Tiembla, Savimbi!... Quizás no tuve tacto. Pero qué haría otro en mi lugar. Es muy fácil juzgar fuera del terreno. Tenía dos opciones: la primera, mentir, la segunda, decir la verdad por muy cruel que fuese. Imposible, Sandalio. ¿Pararte? Libérate de toda preocupación terrenal. ¿No te has visto?, insistí encendiendo la linternita que llevaba colgada del cuello. Te faltan los pies. No te agites. ¡¿Que me faltan los pies?! ¡No embromes, Chivo! ¡¿Los pies?! exclamó blandiendo con ímpetu las manos para comprobar lo que de por sí era una realidad. ¿Viste? Ahorra energías. Nos dieron, Sandalio. Los emboscados fuimos nosotros. Ahorra energías, repetí. ¿De quién fue el error, Chivo? Nunca imaginé que caería aquí. ¡Chivo, este es mi bautismo de fuego! Dime la verdad, compadre, ¿no será un sueño, una pesadilla de la que no logro despertar? Pellízcame una pierna, Chivo, ¡una pierna!...

Instantáneamente cesaron las tribulaciones y su rostro comenzó a palidecer. No te duermas, Sandalio. Mira hacia allá. ¿No ves? Viene la ayuda. ¡Mira!, le grité. Y hacia allá solo había selva. Una selva tupida. No veo nada, compadre. ¿Quiénes vienen?, indagó. La Unidad de Apoyo, Sandalio. Y los de a pie son los zapadores. ¿Te acuerdas del “Dale pa'lante” del general Lamata? Nos salimos del trillo. Una mina. Bueno, también misiles, cañones, morteros... ¡Vamos, mantente despierto, compadre! Lo zarandé. La más fea, Chivo. Nos tocó bailar con la más fea. ¿Y el general Lamata? ¿Lo sacaron del blindado?, seguía indagando. Entero, Sandalio. Ahora mismo lo trasladan en helicóptero a Rosalinda. Chivo, ¿en helicóptero como está la cosa?... Siempre tuviste un tornillo suelto, dijo. Entonces asentí con benevolencia y él sonrió con la ternura de los agonizantes.

La nota que sigue la encontró Píriz en uno de los bolsillos del difunto Sandalio:

Desde Quibala a Ebo resueltos rodaban nuestros tanques. Por aquí la tierra es próspera, salvaje, coreada de árboles frondosos donde el baobab está en flor, y la pitanga madura. El silencio es cómplice. Antes de llegar a Catofe nos detuvimos donde acampaban las tropas del general (tachado). Él mismo en persona salió a nuestro encuentro fusil en mano, y botas nuevas. Señorea la hospitalidad. Allí se encontraba la plana mayor: los generales Zeferino Carvajal, Desiderio Solaz y el coronel Chacón Morales. El general (tachado) y el general Lamata se apartan de mí. Escucho, peligroso instante de indiscreción, que hay cambio de planes. ‘Óyeme bien, Lamata, ese paquete que trajiste tiene de manigüero lo que yo de manicura. Dile que esto no es la redacción del *Juventud Rebelde* ni del *Sierra Maestra*. Que deje la libretica y se ponga pa' su cartón'. Su tono es pedante, agresivo. Con el alma hecha jirones me dirijo hacia un grupo de soldados

que rodeaban a un nativo, ojeroso y patizambo, el cual, enseñando el muñón de su brazo derecho, narraba sin ahorrarse detalles, una tras otra, las derrotas sufridas en los últimos meses por nuestras fuerzas revolucionarias, dejando entre los oyentes un velo de desaliento semejante a un parasol, vasto, impenetrable. Me dirijo a él, porque de justicia y confianza se va llenando el pecho, y le converso: Compañero, el enemigo no tiene reparos en emplear en la guerra todo su poderío. A excepción de la bomba atómica, el arsenal que posee es incalculable. No. No somos partidarios de ningún enfrentamiento. Anhelamos la paz, una paz firme, duradera, fundada en los principios de independencia, democracia y neutralidad. No se amilane, compañero. El movimiento de resistencia se robustece como las hojas del mopane, cual mariposas agraciadas, multiplicadas de la raíz al cielo, como nuestra palma real, de penacho áspero y gustoso fruto. Da igual el credo, el color de la piel, la clase social, estamos hermanados por un mismo ideal. ¿No está al tanto de las deserciones en las filas del enemigo? Él me mira con un aire entre agrio y socarrón. A quien nace pa' tamal, del cielo le caen las hojas, expresó en portugués. Me retiro. En la mesa donde se encontraba la plana mayor junto al general (tachado), una comida cuantiosa, nutritiva: ajjiaco, puerco asado, yuca con mojo, y de postre, casquitos de guayaba en almíbar. Tomo asiento al lado del general Lamata. Grave momento, el del nervio magullado, apiñado. Se palpa la tensión, mi repulsa. Estoy herido. ¿Dónde me pongo, general (tachado), de frente o de espalda? Emanaron mis palabras como de un surtidor, límpidas, chispeantes, embebidas del halo de la razón. El

general (tachado) desde su taburete, con ojos fogosos, desbocados, me increpa: ‘¡Ponga los pies en la tierra, hombre! Aquí donde usted me ve, sin estudios, soy el único con (tachado) que puede dirigir esta guerra. ¿Ve ese caminito? Del descanso corto, a la trocha espesa. Se lo diré más claro, (tachado) de curujey. Váyase usted al (tachado) ¡Ajile!’... Y así, en medio de aquella hostilidad, damos de lleno en la sabana. Vamos, Sandalio, no se lo tome tan a pecho. A veces la luna se oscurece por un eclipse, me dijo el general Lamata. Salimos sin probar bocado por culpa de ese hijo de (tachado). De muy mala calidad el aguardiente que nos dio. Ojalá que un rayo (tachado). Para tomármelo, le echo un chorro de naranja, con dos clavos de olor.

Quizás no tuve tacto. Pero qué haría otro en mi lugar. Es muy fácil juzgar fuera del terreno. Tenía dos opciones: la primera, mentir, la segunda, decir la verdad por muy cruel que fuese... Será impresionante cuando, como expresé antes, embosquemos al enemigo al amanecer, y el sol, todavía oculto, o enseñando muy sigilosamente sus penetrantes y ardorosos rayos detrás de las montañas, sea testigo de nuestra victoria. Porque allí donde pisemos..., dijo Sandalio Peruyera cuando todo se había ido a bolina. Su entierro simbólico fue bastante emotivo. Un tipo sensible. Supuse que aquella hoja arrancada pertenecía a un diario. Me la guardé. Era evidente por los tachones que tuvo un desencuentro con uno de los generales. Se le daba muy bien escribir.

FORÚNCULOS

Tiburón y Gaede, antiguos compañeros de Píriz también hicieron acto de presencia. El primero en coger la batuta fue Tiburón:

—¿Qué hay, Chivo? Te veo campana. Confía en la Revolución. Chivo, nosotros luchamos por esto. Pese al bloqueo imperialista yanqui, vencimos y siempre venceremos. Estamos, y de eso no cabe la menor duda, entre las personas más sanas y longevas del mundo. Exprésate libremente, Chivo. ¿No es verdad? Sentimos orgullo de nuestro Máximo Líder. Compañeros, somos socialistas, iguales. Ejemplo para los pueblos oprimidos de la tierra. ¡Gratis! Medicina y educación gratis. No ha sido en vano. ¡Honor!

Píriz tapado hasta el cuello y con los ojos cerrados. Al callarse Tiburón habló Gaede. Sus palabras no fueron triunfalistas sino más bien con una onda metafísica:

—Chivo, estoy a tu lado. Soy Gaede. Espero que encuentres paz. Y otra cosa te digo, da igual si estamos sanos o enfermos. Todo está condicionado por nuestra mente. Mira a Mario Canuto, Chivo, lleno de forúnculos de pies a cabeza. Forúnculos que despiden un olor sobrecogedor. Y vive, porque la felicidad es un estado no un evento, absorto en su paraíso de Corralfalso. ¿Y Renato Bonpreu? Después de cuatro infartos sigue ahí, como siempre, diáfano, mañoso, reparando planchas, televisores, cocinas de luz brillante, bicicletas, ventiladores... Da igual si estamos sanos o enfermos. Chivo, lo realmente alarmante, o por lo menos lo que nos debe inquietar es saber qué somos, no cómo deberíamos ser, eso es inútil, estéril...

Ahí mismo Tiburón se quitó las Rayban e intervino:

—¡Hay que joderse con esta Revolución, Chivo! La Revolución sembró escuelas, bibliotecas, hospitales, industrias, viviendas, campos deportivos. Exprésate libremente, Chivo. ¿No es verdad? Las guerras no las ganan los que tienen más armas ni más soldados, sino los que tienen la razón. Por eso la medicina cubana, incluso en eso somos internacionalistas, está en lo alto del mástil...

En medio de la parrafada de proezas y sembradíos que seguía evacuando Tiburón y que Magdalena grababa íntegramente, entró el oncólogo de Píriz. Con él venían nueve alumnos, a quienes expuso el caso clínico, tipos de intervención quirúrgica y posterior terapia. ¿Cómo se siente hoy, compañero Germán?, indagó Lifunisabo al concluir la clase magistral. Ahí, tirando, respondió Píriz casi en un susurro. ¡Animo, campeón!, que pronto llegarás a buen puerto, dijo Tiburón.

EL GATO TUERTO

No son todos los que están, ni están todos los que son... Del lado imperialista hubo ciento dieciocho muertos, del nuestro ciento setenta y seis. Mil doscientos mercenarios fueron hechos prisioneros por nuestro pueblo aguerrido. ¡Gran humillación para Washington! Playa Girón, Chivo. Nunca olvidaré esa victoria. Nuestro Comandante en Jefe a partir de dicha gesta fue el líder incuestionable del Tercer Mundo. Una y cuarto, Chivo, como ahora. ¿Replegarnos? ¡Jamás!, dijo Orejuela cuadrándose en El Gato Tuerto como si fuese militar. Te digo más, continuó susurrándome al oído, aquí no se rinde nadie. ¿Somos o no somos? Perdimos una batalla, no la guerra. En este momento histórico seguimos al pie del cañón. ¿Al pie del cañón?, pensé. Y es que Orejuela, que antes del triunfo de la Revolución había estudiado Historia del Arte, pero trabajaba como dependiente en el TenCent de Galiano, de la noche a la mañana soltó el delantal y se convirtió en curador del Museo Nacional de Bellas Artes. Lo conocí por el Negro. Incluso recuerdo cuando me lo presentó en el DTI con su pelo grasiento y aquel overol de caqui con brochazos por todas partes haciéndose el fenómeno. ¿Orejuela? Lombrosiano y trotskista. Una máquina útil para el Estado. Ni subió a la Sierra ni estuvo en Girón. ¿Acaso eres estadista?, le solté con ironía. La salmodia como de costumbre tenía su dobladillo. En el Gato Tuerto, porque no estábamos ni en el Sherezade ni en el Pico Blanco, en el Gato Tuerto. Todas las orejas de La Habana se parqueaban allí. En ese instante se abrió un abismo entre ambos. No sé adónde quieres llegar, Orejuela. Solo te he dicho que volví de una misión, y en dicha misión murió el general Lamata. Te dije, y lo mantengo, que esa guerra pica y se extiende. ¿Acaso te hablé de rendición? ¡Soy un hombre, compadre!, dije y di un puñetazo en la barra. A ver, ¿por qué no vas tú? Dale, habla con el Negro.

De fondo Las de Aida con “Yényere cumae”, una canción sabrosa, movida. No me malinterpretes, Chivo, expresó. Su rostro reflejaba una mezcla de espanto y exaltación. Lo que me da rabia, dijo encubriendo su verdadero propósito, el cuál consistía en extraerme cualquier información, es que hayan tumbado a Lamata. Te corrijo, Orejuela, dije clavándole mis pupilas grises en sus pupilas azules, tumbado no, reventó como un siquitruque. Del general Lamata solo quedó la gorra. ¿Sabes lo que es estar solo en la selva con tu jefe como un rompecabezas y un periodista sin pies? Sandalio. ¿A que no conoces a Sandalio Peruyera? No. Tú, Orejuela, jamás has tirado un tiro en la vida. Mírate, de cuello y corbata dándome lecciones a mí. ¡No me jodas!, dije y acabé mi trago. Esa noche discutimos sin entrar en razón. Nos excedimos, vaya... Del lado imperialista hubo ciento dieciocho muertos, del nuestro ciento setenta y seis. Mil doscientos mercenarios fueron hechos prisioneros por nuestro pueblo aguerrido. ¡Gran humillación para Washington! Playa Girón, Chivo. Nunca olvidaré esa victoria. Nuestro Comandante en Jefe a partir de dicha gesta fue el líder incuestionable del Tercer Mundo. Una y cuarto, Chivo, como ahora. ¡¿Acaso eres estadista?!, proferí y salí como el perro que tumbó la olla del Gato Tuerto, colmado de ira, sintiéndome incomprendido y a la vez culpable. Pero culpable de qué, ¿de cantarle las cuarentas a Orejuela o de estar sano y salvo? Supongo, con los tragos que tenía arriba es muy difícil indicar con exactitud la ruta que tomé, porque pasada la confronta solo queda caminar, fui por Malecón hasta Marina. De Marina salí a San Lázaro para subir por Belascoaín. ¡Ah, los portales de Belascoaín!, con sus columnas tan firmes como los zapatos de Estrada Palma en Avenida de los Presidentes...

*No, no me asusta morir. Solo lamento
no tener ojos para ver las cosas
que se transmutarán: rosas en zarzas,
hombres en lobos, monumento en serrín...*

¡Aguante, compañero, aguante!, oí mientras se asentaba ese poema en mi cabeza como una escafandra o un casco de bomberos. No se esfuerce, compañero... Sí, estuve inconsciente lo mínimo

tres horas. ¡Casi muero congelado en la Calzada de Jesús del Monte por hacer las paces con Orejuela! Le tumbé la puerta y del otro lado solo advertí silencio, un silencio inquisitivo, mordaz. ¿Y qué hice? Pues acotejarme. Dar tiempo a que Orejuela viniera o decidiese abrirme. ¡Mira si soy un hombre cabal! Qué bárbaro. Unos muchachos que subían, obvio, obstruía el paso de aquella escalera estrecha, me tiraron no un jarro, sino varios cubos de agua para que me fuera. ¡Aguante, compañero, aguante!, continuaba la voz, y yo seguía:

*No, no me asusta morir. Solo lamento
no tener ojos para ver las cosas
que se transmutarán: rosas en zarzas,
hombres en lobos, monumento en serrín...*

Nunca supe si me recogió un taxista o un particular. Lo que sí sé es que me dejaron como un paquete de regalo en un quicio del González Coro. ¿Por qué? Simple, nadie quiere verse envuelto en semejante barretín. ¿Un moribundo? Identificación, declaraciones, interrogatorios... Posterior a dicho percance la relación con Orejuela se enfrió, igualita que los cubos de agua. Me contó el Negro cuando declararon La Habana Vieja Patrimonio de la Humanidad, que se lo echaron. Orejuela no solo era lombrosiano y trotskista, sino que tenía detergente en las manos. Todos los Amelia Peláez y Portocarrero que intentaba restaurar el Departamento de Restauración y Conservación, los convertía, con la destreza de los grandes falsificadores europeos de todos los tiempos, en un Cristo de José Nicolás de la Escalera y se los vendía al primer postor mexicano o panameño. Enseguida allá, porque tenía banderín abierto para entrar y salir del país, él mismo se encargaba de borrarle las palomas y los angelitos. ¿Orejuela? Su vida tenía muchas facetas. Pero ni subió a la Sierra ni estuvo en Girón. Curador del Museo Nacional de Bellas Artes.

LA SAGRADA FAMILIA

Agárrate de mi cuello. Vamos, tío, haz un esfuerzo. Salgamos. Te conviene respirar otro aire mientras limpian la habitación, le dijo Magdalena a Píriz pasándolo de la cama a la silla de ruedas. La bolsa de diuresis, casi llena, se la guindó como si fuese un perchero en el respaldar de la silla. El palo de suero lo arrastraba Píriz. ¿Tienes deseos de hablar?, continuó Magdalena en lo que era casi un monólogo. Mira, hacemos algo mientras paseamos, dime lo que más recuerdes de tu infancia. Lo que sea que te haya marcado.

A esa hora de la mañana la sala de Oncología parecía La Tropical un sábado con Irakere: médicos, enfermeras, pacientes estirando las piernas, incluso la camilla que se llevaba el cuerpo exangüe de Severo Peñafiel Erredondo, el mecánico de grúas de Antillana de Acero, parada frente al ascensor lo mínimo veinte minutos, quizás por la afluencia de personal, o por encontrarse simple y llanamente roto o fuera de servicio.

No hay mucho, Magdalena, dijo Píriz. Mi padre era un hombre trabajador, y mi madre, mi madre una mujer que nunca estuvo sin una palabra descorazonadora en la boca, la mismísima calamidad en alpargatas. Cuando tronaba, cuando el cielo estaba encapotado, para ella el mundo estaba en orden.

FACUNDO, LAS HIJAS Y LA MUJER

“Que el injusto siga cometiendo injusticias y el manchado siga manchándose”... ¿A mí? A mí ni fu ni fa. Fíjate si me daba igual que me quitaron incluso lo que nos mantiene vivos, el hambre, Germán... Qué tipo más hijueputa ese Arístides. ¿Lo recuerdas? Despreocúpate, vete tranquilo, en Miami te comprarás un Chevrolet, me dijo. ¿Y qué hice? Pues regalarle como buen amigo mi Buick, chapisteadado, acabado de pintar... “Que el justo siga practicando la justicia y el santo siga santificándose”. Lo impensable, a última hora se me aflojaron las patas. Te soy sincero. Despedirnos de todos, y luego... ¿Qué haces, Facundo?, averiguaba Micaela, confundida. Su epifanía duró lo que duró la espera de la guagua para irnos al Mariel. ¡¿Estás seguro?! ¡No queda quien apague la vela y nosotros regresamos a Guantánamo! Irresponsable, desconsiderado. ¿Has pensado en las niñas? Qué futuro les espera. Mirame, por seguirte he perdido hasta la vergüenza. En tren. Después de venir en un Buick a La Habana regresamos a Guantánamo en tren con una mano delante y otra detrás... Y era un día hermoso, soleado. ¿Tiene antecedentes penales? ¿Es homosexual? ¿Religioso? ¿Cuántos menores tiene a su cargo? ¿Entregó la libreta de abastecimiento? ¿Dio parte al Comité?, indagaba la oficial. Vaya carácter. ¡Vamos, circulen, circulen! Y nos hicieron pasar a un barracón con mesas de cemento, aún lo recuerdo, vasto, concurrido, repleto de carteles donde se leía: CUBA PARA LOS QUE PRODUCEN... FIDEL, APRIETA, QUE A CUBA SE RESPETA... QUE SE VAYA LA ESCORIA... No podemos irnos, Micaela. Janet está en Guantánamo. Jamás perdonará que la hayamos abandonado, dije. Por Dios, Facundo, Janet tiene veintitrés años y está casada. Piensa en las otras dos que son adolescentes... ¡Avancen, avancen! ¡Suban de uno en fondo! ¡Respeten la cola!... Y era un día hermoso,

soleado. Apéate, Micaela, apéate, le dije y agarré a las niñas. Qué bullicio. La gente eufórica, sin el más mínimo orden, entre empujones, chillidos, como fichas de dominó... ¡¿Nos quedamos, eh, nos quedamos?! ¡Virgen Santísima! Si regalamos hasta las palanganas. Gusanos, que somos gusanos, coño. ¡En qué carajo vas a trabajar ahora! Ni te hagas ilusiones, eh. Te mandarán a los cayos, a cortar marabú, a la caña, a Isla de Pinos, a la Ciénaga de Zapata, seguía Micaela como un loro. El que nada debe, nada teme. Vamos, vengan, saldremos por algún lugar, dije. ¡Avancen, avancen! ¡Suban de uno en fondo! ¡Respeten la cola!, repetía otra oficial con un altoparlante a un metro de la guagua. ¿Nosotros? Nosotros como los salmones. ¡¿No te das cuenta de lo afortunados que somos?!, gritó Micaela con las piernecitas de Caridad atravesando una de las ventanillas. Nos íbamos de este infierno, Facundo. Pon los pies en la tierra, chico, que nos tiraron todos los huevos que les dio la gana. A ver, dime, acaso vas a pedir que te devuelvan el carro, ¿eh?... ¡Respeten la cola! ¡Suban de uno en fondo!... Infeliz, no pudo saltar la talanquera. Pues te aviso, Facundo, tenemos un expediente abierto por la Seguridad del Estado, y bla, bla, bla... Me puso la cabeza como un bombo... ¡Hombre!, para boca sagrada la de Micaela. Al mes de regresar a Guantánamo se colaron en la casa y me metieron cuatro años por la cabeza. ¿Tú sabes el motivo? Pues yo tampoco. ¡Qué pesadilla, compadre! Pero ahora bacán, eh... ¿Recuerdas a Arístides? Qué tipo más hijueputa, chico, no me devolvió mi Buick, chapis-teado, acabado de pintar, expresó Facundo y se secó una lágrima con Juan Pablo II estampado en un pañuelo desechable bendiciendo a los feligreses desde un balcón del Vaticano ... Facundo, el hermano de mi madre, el pequeño. Al salir de prisión montó una huelga de hambre en la embajada de España y en tres meses volvió a ser canario. ¿Facundo? Ese encuentro fue en Tenerife.

CARTA DE UN CINEASTA FRANCÉS

Compañero Germán:

Nosotros, el grupo NIMLE, estamos inmersos en una corriente progresista, o, mejor dicho, y para no caer en tergiversaciones, somos progresistas de la Nueva Izquierda Moderada Latinoamericana y Europea. Por tanto, nuestro discurso político se funda, sin arrogancias, en la refundación de aquello contra lo cual ustedes se rebelaron. Lo que no les niega la condición de fundadores. Se trata, pues, de un *continuum*. Por ello los primeros que deben implicarse, y se lo demando como representante de NIMLE en París, son ustedes, los que forjaron el cambio. Ustedes, puesto que juegan, o jugaron un papel fundamental en este régimen que ha abandonado, o así se ha percibido en el último lustro con los arrestos indiscriminados de intelectuales, su tesis primigenia.

El cuerpo de la izquierda se bifurca, compañero Germán. Y esa bifurcación es la bifurcación del propio individuo como ente pensante. Pensemos pues. Es fácil discernir hacia dónde conduce el sistema capitalista. Sin embargo, algo tenemos claro, debemos abrirnos, incluso siendo marxistas-leninistas, a un sistema que, sin traspasar nuestros preceptos, sea más equitativo, emancipado. O sea, debemos desanudar lo que provoca este nudo, este estancamiento sociocultural, político y económico. Por ende,

en esa desanudación no solo entra la masa sino también la figura del líder. Porque cuando un líder se aparta de su misión, (observe la campaña de desprestigio y fragmentación que sufre la izquierda a nivel mundial) la prioridad deja de ser el individuo. En resumidas cuentas, lo que objetivamente busca esa figura metamorfoseada es que la masa lo apoye, lo vitoree, o sea, que goce con él. No obstante, compañero Germán, ¡a qué precio! Cualquiera que acapare desproporcionadamente esa herramienta que brinda el soberano, (y debemos ser críticos si queremos que NIMLE avance con fuerzas y sin fisuras con sus tentáculos de libertad e igualdad) lo único que hace es amarse a sí mismo. En consecuencia, ese amor no tiene atisbos de reciprocidad, es decir, es un amor impotente, o peor aún, onanista.

Lo dicho, compañero Germán, *alea iacta est*. Será un honor conocerlo y debatir sobre algunos argumentos que tenemos en el tintero, los cuales servirían como corolario para un futuro proyecto, o sea, un documental independiente, sin ánimo de lucro, transversal.

Quedando a la espera,

Pierre Rochet

Esto es obra de tu madre, ¿verdad, Magdalena? ¡Lo último que me faltaba! Cuánta sandez junta en una sola hoja. ¡Cuánta sandez! ¿Te conté la historia de Guillermo Pazos? ¿Te la conté?... Mira, a ver si te entra en la mollera, desde 1789 hay más guanajo por metro cuadrado que agua en el planeta.

PAN DE GLORIA

Al principio de la Revolución hice cosas. Bueno, en honor a la verdad, hicimos... Píriz, la conciencia hidráulica, lo que se llama conciencia, no existía a principios de la Revolución. ¿Te acuerdas del Flora? Ese ciclón nos permitió, incluso en un breve lapsus de tiempo, horas, tener uno de los ríos más caudalosos del planeta, el Cauto. ¿Y sabes por qué? Simple, Píriz. Ochenta kilómetros. ¡Ni el Amazonas! El Cauto alcanzó un ancho de ochenta kilómetros. De buenas a primeras teníamos en Oriente nuestro propio Amazonas, dijo Felixberto. Estábamos encaramados en el techo de su casa clavando las tejas de fibrocemento con un viento sostenido de ciento cuarenta kilómetros por hora... ¡Alerta máxima! ¡Por precaución se cortará el servicio eléctrico! ¡Los edificios con riesgo de derrumbe serán evacuados! ¡La solidaridad es clave en la protección ciudadana! ¡Alerta máxima!, anunciaban desde una patrulla con altavoz. Deja eso ahora, Felixberto. Vamos, date prisa. Hemos perdido todas las tejas de la cocina, le avisé. Pero él siguió: Voluntad hidráulica. Este tipo de fenómenos nos enseña a tomar conciencia. Sí, Píriz, lo dije en el sesenta y nueve. ¡Debemos controlar las aguas! ¿Para qué? Para evitar las inundaciones. Alcantarillas. Una red funcional de drenajes y alcantarillas. ¿A ver, qué hizo Batista para evacuar a la población en momentos de catástrofes como esta? ¡Nada! Más alcantarillas, seguía. Y el viento silbando. Desde luego, todo lo que decía era cierto. Sin embargo, por una extraña razón desde el setenta a Felixberto lo trasladaron a la Isla de la Juventud para construir embalses. No puede decirse que el cambio fuese del todo mal. Hasta casa le dieron. Allí conoció a Obdulia, trabajaba como jefa de personal en una OFICODA. ¿Quedarnos aquí? ¡Ni muertos!, le dijo Obdulia cuando salió embarazada del primer retoño. Renunciando al puesto, e incluso echando por tierra su

escalafón, los méritos que había alcanzado en el campo de la hidrología a nivel nacional, Felixberto cruzó el golfo de Batabanó para instalarse en una azotea de Centro Habana. Él mismo construyó aquel bajareque que con la más mínima lluvia sufría unos desperfectos inimaginables. Deja eso ahora, compadre. Céntrate en lo que estamos haciendo. Esto no es juego, le repetía. Su suegra, su mujer y sus hijos se iban resguardando de las goteras dependiendo del lugar donde clavábamos las tejas. Pero las tejas, en la misma medida en que las clavábamos, se volvían a desclavar. Y así sucesivamente. ¡Apúrate, papá! ¡Papá!, chillaban los hijos. Macetas, antenas, llantas de bicicletas, tendedores, palanganas, incluso palos que parecían balas, todo volaba como polen por aquel cielo plúmbeo, inmisericorde. Un ciclón con todas sus letras y Felixberto hablando de la voluntad hidráulica: ¡Ni el Amazonas! El Cauto alcanzó un ancho de ochenta kilómetros. Yo intentando ayudarlo, pero seguía: A raíz de la creación del Grupo Hidráulico Nacional del DAP lo planteé. Y en esto hubo dos criterios, el de Geranio Zaldívar y el mío. Él creía que Proyectos y Construcción no debían estar unidos. Y ciertamente, aunque en principio no objeté la idea, después de pensar y analizar los pros y los contras, expresé que, a mi juicio, en el momento en que él planteaba eso, debían unificarse las dos instituciones porque me parecía que el DAP estaba en condiciones de arrojarse... ¡Ay!... Él mismo interrumpió su arenga. Bueno, él no, una teja. La teja de debajo de nuestros pies voló quedando Felixberto, menos mal, como pato en una sola pata sin más soporte que una viga de madera. ¡Pégate a la viga, Felixberto! ¡Pégate a la viga!, le advertí. Una manga de agua me lanzó hacia donde estaba el fregadero. Al constatar que no me había roto un hueso me movilicé. Rapidez. En casos así cada segundo cuenta. ¡Trata de coger la sogá, Felixberto, que Alberto no es jarana! Fueron dos, quizás tres intentos, hasta que Felixberto agarró la sogá y la enrolló en la viga. En ese instante me hubiese gustado saber si aún pensaba en la conciencia hidráulica o si había tomado conciencia de que su casa se iba al garete. Temblequeando en medio de la ventolera, Felixberto logró ponerse en cuclillas encima de la viga, y aferrándose a la sogá, miró con ojos vacíos, con ojos grandes como platos, hacia abajo. Abajo se encontraban la mujer, la suegra y los hijos que, a

su vez, también lo miraban a él a través de un nylon transparente que les servía de capa. ¡Bájate ya, so imbécil! ¡De qué coño te ha servido la ingeniería! ¡Baja y mira! ¡Amazonas es lo que tenemos aquí!, gritó la mujer saliéndose del nylon protector con alaridos de loca. ¡Bájate ya, so imbécil! Razón llevaba. El ciclón Alberto no solo tupió la azotea, sino que, con toda la fuerza de una crecida, de un río caudaloso, las aguas sacudían los pretilos de aquel llega y pon para pronto descender en forma de cascada escaleras abajo llevándose calderos, sillas, tejas, incluso la cocina de luz brillante. ¿Alcantarillas? En aquel sitio, y es cierto el refrán: en casa del herrero, cuchillo de palo, no había un tragante que valiera la pena. ¡Alerta máxima! ¡Por precaución se cortará el servicio eléctrico! ¡Los edificios con riesgo de derrumbe serán evacuados! ¡La solidaridad es clave en la protección ciudadana! ¡Alerta máxima!, anunciaban desde una patrulla con altavoz. ¡Nos vamos, Felixberto! ¡Si te quieres morir, muérete solo!, vociferó la suegra agarrando a los nietos. Y bajaron socorridos por unos compañeros de las MTT que iban de puerta en puerta sacando a los rezagados y a quienes se resistían a abandonar el inmueble... Hace un par de años me lo encontré en el Siglo XX. Me contó, pues también yo tenía intención de comprar dulces y aproveché su posición en la cola, que se acababa de jubilar como maestro de obra en la ECOA del Este. Nada que ver con aquel ingeniero hidráulico que se sentía como un genio no reconocido que, además, tenía una pasión morbosa por algo tan devastador como lo fue el ciclón Flora. Vadeando colados y moscas al fin llegamos a la caja. Al pagar, con aire casi infantil, de triunfo, sacó una jabita que traía en el bolsillo del pantalón para meter un pan de gloria y cinco panetelas borrachas. ¿A dónde los mandaron, Felixberto?, le pregunté. Porque ni Perucho ni el Negro, ¡y mira que compartimos después de Alberto!, me supieron dar información de su dirección exacta. ¿A nosotros? Ahora te respondo, Píriz, espera. Entonces en una especie de ritual, se paró, se quitó los espejuelos para ponérselos de cintillo en la cabeza, y se embutió una panetela borracha. A todas estas ni él ni yo nos sentamos porque las mesas, ¡cuánto le gusta el dulce al cubano! estaban llenas. ¿Qué me preguntabas?... ¡Ah, sí!, para dónde nos mandaron. Retomó el hilo de la conversación en lo que sacaba de la jabita el pan de

gloria que también se embutió no más salir del Siglo XX. A que no adivinas, Píriz. ¡Para el mar de los Sargazos! ¿Y eso dónde queda, Felixberto, en Alamar, la Güinera?, averigüé. No, Píriz, en Tapaste, a catorce kilómetros de Jaruco... ¡¿Tapaste?! Deduzco, por discreción, o por sentirme en una situación embarazosa, la única pregunta que se me ocurrió fue la siguiente: ¿Está bueno el pan de gloria? Unjú, afirmó Felixberto.

ODA A LA PENICILINA

Anoche le hicieron a Píriz un cateterismo por la vena subclavia. Se lo informó a Magdalena de la siguiente manera:

—¿Lo ves? Los médicos no cuentan conmigo, ni este servidor con ellos. La ciencia sigue estando en pañales desde que se inventó la penicilina. Mira, algo que sí agradezco a este hospital, es eso, la franqueza con que te tratan cuando te encasquetan el cartel de “Terminal”.

LINO BOZA 66

Solo después de lo del Mar de la China se enteró. Y se enteró por casualidad. Mariela, Mariana, o tal vez Matilda, un nombre de esos. Le dijo a Píriz que su mujer había sido juzgada por un tribunal popular. ¡¿Cómo?! Explíquese, compañera. Debe ser un error, dijo atónito. Le iban a otorgar la medalla Conmemorativa XX Aniversario de la Revolución Cubana. Y la más mínima tacha podría truncar semejante condecoración. De tal manera prosiguió el interrogatorio:

—Compañero Germán, esta información que recabamos fue corroborada por la jefa de vigilancia y el presidente del CDR donde se ubica su actual domicilio. ¿No vive desde principios de los setenta en Santiago de Cuba, calle Lino Boza 66?

—Correcto, compañera. Correcto. Ahí vivo con mis hijos, mi mujer y mis suegros.

—No se alarme, Compañero Germán. Tenemos en conocimiento su trayectoria de lucha. Aquí está su expediente, vea— dijo extendiéndoselo—. Confiamos plenamente en su lealtad, en su compromiso con la Revolución. La Revolución, compañero Germán, todavía le reserva numerosísimas tareas. Según nos informan, y ya sabe que contrastamos cualquier información que nos llega, su sacrificio y entrega sirven de ejemplo para los nuevos cuadros, para aquellos que se acaban de incorporar a nuestras filas. Pero fíjese, su mujer y la hermana fueron acusadas en el sesenta y siete. No se alarme, eh. Cumplieron. La hermana se arrepintió públicamente de ser hippie, Adventista del Séptimo Día y lesbiana. Su mujer no. ¡Cuánto daño hizo a nuestra juventud semejante lacra! Nueve meses, compañero Germán. Su mujer cumplió nueve meses en una granja avícola. No se alarme, eh.

Reformada. Incluso tenemos en conocimiento que se deshicieron de todo aquello que les recordaba su vida anterior: piano, biblias, tocadiscos, minifaldas, pelucas...

—No dudo de la investigación, compañera. Estamos en el mismo bando. Pero deduzco que fue juzgada por una, no por las tres acusaciones. Creo que es incompatible ser hippie y Adventista del Séptimo Día, o Adventista del Séptimo Día y lesbiana, o lesbiana y... Bueno, no sé, quizás me equivoque.

—Lo fueron, compañero Germán, lo fueron. La Revolución es grande. Mire el ejemplo ahí. ¿No se casaron? Veo que tiene unos hijos muy graciosos —dijo enseñándole una fotografía que se encontraba en el expediente.

Eran los hijos de Píriz en brazos de una señora mayor. Y continuó:



—Cúidelos, y cuide también a su mujer, compañero Germán.

Ahí cerró el expediente a cal y canto.

—Gracias por su desvelo, compañera. Pero dígame algo, ¿esta información, la cual no manejaba con anterioridad, puede impedir que me condecoren?

—En lo absoluto, compañero Germán. En lo absoluto. ¿Acaso nosotros como revolucionarios no estamos a favor de la rehabili-

tación, de la reinserción? De eso se trata, de no darles cabida en nuestra sociedad a tales degeneraciones. Recuerde que uno de los mayores vicios es la ignorancia. Y precisamente la ignorancia es la mayor aliada del Imperialismo. Sábado a las nueve antemeri-diano en el Teatro Karl Marx para el ensayo.

—Muchas gracias, compañera.

Solo después de lo del Mar de la China se enteró. Y se enteró por casualidad. Mariela, Mariana, o tal vez Matilda, un nombre de esos. Era la coordinadora a nivel nacional de la Casa de los Com-batientes. Al poner punto final al episodio de los juicios públicos en los cuales se vieron enredadas la mujer y la cuñada, Píriz le dijo a Magdalena:

Imagina, hippie, Adventista del Séptimo Día y lesbiana, como los equipos que traía de Japón, un tres en uno.

¡Qué horror! ¿Se lo dijiste a Lola?, preguntó Magdalena. Para qué. ¿Acaso todas las verdades no son medias verdades? ¿Dónde empieza el calor y dónde termina el frío?, ¿eh? De no ser por ese tribunal popular no hubiese conocido a tu tía en La Habana.

AL REVÉS

Llegaron los resultados de la laparoscopia. El oncólogo le informó a Píriz que no solo la muestra extraída fue insuficiente, sino que, durante el proceso, por un error del sistema óptico, perforaron algo cerca del intestino. Esta fue la respuesta que Píriz le dio:

–Bien, bien, compañero Lifunisabo. La humanidad tiene un gran enemigo y es la hipocresía.

LA GRAN JUGADA

¡A petición de la mesa doce interpretaremos “El baile del buey cansao”!, vociferó Pedrito. Al instante dos parejas se posicionaron en la pista. ¡Salud! ¡Por nosotros!, brindaban en la mesa de al lado. Gracias por aceptar, Marquetti. Necesitaba a alguien como usted, con su experiencia. Se lo dije por teléfono. Me gustaría recopilarlo en forma de libro. Podría ser, por ejemplo: ¿biografía novelada?, ¿testimonio? Ya me dirá. No entiendo mucho de esas cosas, dijo Magdalena, palabras más, palabras menos. Los Van Van comenzaron a tocar y se inició un barullo indescriptible. A las dos parejas de la pista se le sumaron cuatro más. ¿Qué me decías? Acércate. No te oigo bien, dije. Nos dimos cita, y me felicité por ello, visto que ningún conocido mío frecuentaba esos sitios, un domingo a las tres de la tarde en El Náutico, a dos meses del fallecimiento de Píriz. Le comentaba que es usted la persona adecuada, es escritor. Podríamos hacer el proyecto en conjunto, continuaba Magdalena con aquella perorata deslavazada. ¡Vaya ocurrencia!, exclamé negando con la cabeza. Mentira. Estaba tan interesado en esas memorias, tan interesado en sacarle lascas a ese material, que le hubiese vendido el alma al mismísimo diablo, como quien dice. No lo tomen tan literal... ¡A continuación interpretaremos...!, vociferó Pedrito y se oyó algo ininteligible. Un perro pasó por debajo de nuestra mesa. Arrastraba con el hocico un plato de aluminio. ¿Merece la pena contar cómo llegamos a El Náutico? ¿Cómo Magdalena supo que yo era escritor? Volvamos al hospital. Cumplo años el tres de mayo. Dos semanas antes de dicha fecha me había propuesto salir del Ameijeiras de una vez por todas. Ejercicio. Me ejercité de una manera tal, que seis días antes de mi cumpleaños me sentaba en la cama, y el treinta de abril, me quitaron la sonda nasogástrica. Los médicos no daban crédito de lo que veían. Incluso vino a

cerciorarse de mi asombrosa mejoría Lisandro Otero. Píriz se encontraba en agonía. Rodeado no solo de familiares, sino de antiguos combatientes, marineros, gente que entraba y salía. Ese mismo día unió las manos encima del pecho y no cambió más la postura, como quien espera. Tampoco movió los párpados. La mujer, con unos chillidos espantosos desalojaba cada dos por tres la habitación: ¡Fuera! ¡Partida de zarrapastrosos! ¡Jenízaros!... Y es que no tenemos cultura de la intimidad, ni siquiera respeto en la hora póstuma. Algunos traían flores, otros globos, banderas, también desfilaron ventiladores Órbita, calentadores de agua caseros, hasta hornillas eléctricas para hacer café. La sobrina de Píriz iba de la cama a la ventana y de la ventana a la cama. A mí, después de escuchar su voz por tanto tiempo, me resultaba familiar, alguien que merecía apoyo. ¿Puedes venir un segundo?, le pregunté. Ella fue bastante solícita: Dígame, compañero. ¿Necesita algo? Entonces le dije lo bien que se había portado. Y que su tío estaba en paz. Que le dio amor, diálogo, compañía. Que en esas condiciones no necesitaba otra cosa. Por sus mejillas corrieron dos lagrimones. Escúchame, me resulta muy interesante lo que has hecho. No sé cómo se te ocurrió grabar todas esas historias. ¿Te gusta escribir?, indagué. Su respuesta fue ambigua. Un extraño preguntaba sobre sus aficiones mientras su tío se iba despidiendo de este lugar al que llamamos tierra. Magdalena, no sabes mi nombre, pero he escuchado mil veces el tuyo. Me llamo Oscar Marquetti, me presenté. Casi me voy de alta. Bien sé que no es la ocasión, pero toma este teléfono, es de una vecina, ahí me puedes localizar. Si tienes intención de transcribir las grabaciones puedo darte una mano, corregir algún que otro error, asesorarte, etcétera. Puedes verificarlo, ya sea en Casa de las Américas o en la Biblioteca Nacional. Soy escritor. Ella lo guardó. A la mañana siguiente, es decir, el Día del Trabajador, no había intrusos en la habitación, quizás, pensé, por asistir a la Plaza. Salga un momento, compañera, le dijeron a la mujer de Píriz más o menos al mediodía un par de enfermeras. Vi cómo le ponían el coctel. Al terminar la hicieron pasar. Devastada. Le agarró la mano sin soltársela hasta el último estertor. Píriz murió casi cuarenta y ocho horas después, es decir, el propio día de mi cumpleaños. ¿Señales del destino?... ¡A petición de la mesa

cinco interpretaremos “El Negro no tiene ná”!, vociferó otra vez Pedrito. El mobiliario desvencijado de El Náutico contrastaba misteriosamente con el ánimo de la multitud. A esas alturas ya no bailaban en pareja, sino que se descoyuntaban cada cual por su lado con total frenesí. Si no tienes quien te ayude, Magdalena, me brindo yo. No creas, estos dos meses he pensado en ti y en el difunto. Espera, dije y llamé al camarero para que nos trajera la carta. Lo único que había para beber era aguardiente, y para comer, minutas de pescado. Hecha la elección retomé el diálogo: Cuando hablamos por teléfono, ¿no te conté lo de mi máquina de escribir?... Pero vayamos al asunto. Cuenta. Cuéntame cómo fue la despedida... ¡Por la vida! ¡Por la amistad!, brindaban en otra mesa. ¿El entierro? ¡Ay!, Marquetti, pena me da contarle... Según Magdalena el entierro fue un total despropósito. La tía y la madre se fajaron con un alto cargo de la Casa de los Combatientes a nivel nacional. Con todo lo que sabía del difunto era normal que fuesen ellos los que se ocuparan de la organización del funeral. Más tarde me contó el porqué. La tía y la madre antes de ingresarlo en el Ameijeiras, y a sabiendas que tenía un cáncer en estado terminal, le hicieron santo... ¿Lo entiende? Sin ser religioso le hicieron santo, repetía Magdalena. Ocurre, como en el teatro del absurdo, Germán Píriz, un combatiente de la Sierra Maestra, Angola, y Dios sabe cuántos países más, alguien que creía en el materialismo dialéctico, lo meten en la caja de muerto con un traje de santo y todos los andariveles: gorro, iddé, collares... De buenas a primeras en El Náutico reinó un silencio corrosivo. ¿Qué sucede, terminaron tan pronto Los Van Van? Qué se yo. A mí no me gusta esta música, respondió Magdalena. En un santiamén, porque lo vimos, desconectaron los amplificadores de Los Van Van para conectar otros que trajeron de la calle junto a un proyector y una pantalla gigante. A la vez, irrumpieron unos policías repartiendo bastonazos, y en cuestión de segundos, desalojaron la pista de todo despistado.

Debo empezar por decir que no me gusta esta tribuna, está verdaderamente muy lejos del pueblo (APLAUSOS); debió estar, como otras veces, allá en la primera fila, pero no sé qué razones arquitect-

tónicas, de altura o de otro tipo dieron lugar a esta ubicación. Esa fue mi primera protesta al llegar aquí (APLAUSOS).

¿La causa de ese orden intempestivo, de esa afonía general? El Comandante en Jefe. Así estuvimos sentados y prestando atención a la pantalla, tres, quizás cuatro horas, Los Van Van incluidos. Era nada menos que el discurso en diferido que dio por el XXXVII aniversario del asalto al Cuartel Moncada. El discurso concluye así:

Me resta solo felicitar (APLAUSOS); a los trabajadores de la capital, a los obreros, a los técnicos, a los científicos, a los cuadros, a nuestra entusiasta, heroica y alegre juventud (APLAUSOS); a nuestras organizaciones de masas, a nuestro glorioso Partido de la Ciudad de La Habana, (APLAUSOS); al Buró Provincial del Partido, a los dirigentes del Poder Popular (APLAUSOS); a todos los habaneros, por la gloria merecida de que nuestra capital haya sido sede de este aniversario en uno de los momentos de mayor desafío, en uno de los momentos de mayores dificultades y de mayores riesgos y peligros (APLAUSOS). ¡Esto me recuerda los días que precedieron al Moncada; esto me recuerda, (APLAUSOS); como si fuera ayer, los propios días del ataque al Moncada; esto me recuerda... pero si entonces éramos un puñado, hoy somos millones de hombres y mujeres armados hasta los dientes, ¡dispuestos a vencer o morir! (APLAUSOS). A nuestra juventud y a las presentes generaciones, les digo que ninguna época fue más meritoria que esta, más heroica, más gloriosa que esta; que ninguna nos dio tanta oportunidad de agigantarnos como esta época (APLAUSOS). Eso es lo que significa este XXXVII aniversario. Y los veteranos que quedamos con el mismo entusiasmo, la misma dignidad y la vergüenza de aquel 26 de Julio de 1953, ponemos toda nuestra confianza, nuestra fe y nuestros corazones en ustedes (APLAUSOS).

¡Que se oiga bien alto!, clamaba Fidel: ¡Socialismo o Muerte! Todos en un volido nos pusimos de pie, o nos mandaron a poner de pie al lado de las mesas. ¡Socialismo o Muerte! ¡Patria o Muerte! ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos! ¡Venceremos! Acto seguido hubo una ovación rotunda que se prolongó, lo mínimo, hasta que se retiraron los policías del mismo modo en que se presentaron, sincronizadamente. Tampoco se movieron ni la hierba ni las olas del mar hasta que se sintieron los motores de los vehículos que se llevaron a su lugar de origen los amplificadores, el proyector y la pantalla. Lentamente la multitud comenzó a emitir monosílabos, pronto palabras, y así, hasta llegar a oraciones simples: ¡Que toquen Los Van Van! ¡Que toquen Los Van Van! Lo que dio pie a que la orquesta subiera de nuevo a la tarima. ¡A petición de la mesa siete interpretaremos “¡Aquí el que baila gana!””, vociferó Pedrito. Fue entonces cuando el camarero trajo la botella que había pedido horas antes, las minutas de pescado no. Las minutas de pescado se acabaron. ¿Dónde nos quedamos?, le pregunté llenando su vaso y el mío. En la caja con el traje de santo, expresó Magdalena... ¡Por nuestra Revolución! ¡Viva Fidel Castro Ruz! No supe de qué mesa salieron semejantes aullidos. No obstante, brindamos con ardor, incluso Pedrito roció a la multitud como si fuese un bautizo, con aguardiente. Al instante dos parejas se posicionaron en la pista. Fue ahí cuando Magdalena me contó cómo se empeñaron la tía, la madre, y el padrino, en ponerle la vestimenta religiosa cuando le iban a celebrar un funeral militar. La historia parece tan ilógica y a la vez tan estrafalaria que lo velaron a caja cerrada, y para rematar, con guardia de honor. ¡Nadie lo pudo ver! Encima del féretro la bandera cubana. También me contó que lo enterraron en el Panteón de los Veteranos. Y que dieron un discurso donde mencionaron su valor, su modestia, su ayuda desinteresada a la Revolución, sus hazañas y condecoraciones... No era religioso. ¿Me entiende?, repetía. Detalle nimio. A las dos parejas de la pista se le sumaron cuatro más. Entiendo, entiendo, expresé simulando pesadumbre con algo que para mí era pura literatura, ficción. El mismo perro de antes volvió a pasar por debajo de nuestra mesa. Ahora arrastraba con el hocico un peine. Bueno, Magdalena, las cosas son como son. Brindemos. ¡¿Y por qué deberíamos brindar?!, exclamó. De repente

advertí que le repugnaba el lugar y tenía la firme convicción de marcharse, de irse y dejarme plantado. Te explico una cosa, dije secándome el sudor de la frente, por cuestión de estrategia estamos en El Náutico y no en los Doce Apóstoles. Por Píriz, vamos a brindar por Píriz, por sus memorias. También te dejaré claro, Magdalena, porque debo ser honesto, que es un material sensible. Habrá que hacer cirugía. ¿Lo trajiste? Sí, sí... Pero no. No tengo por qué brindar. Además, hace muchísimo calor aquí. Fíjese, dijo con cierto titubeo, le entrego los casetes y documentos que tal vez apoyen el proyecto. Cuídelos, por favor, es lo único que me queda de mi tío. ¡Ah!, ¿cuándo piensa que lo tendrá más o menos encaminado?... El mobiliario desvencijado de El Náutico contrastaba misteriosamente con el ánimo de la multitud. A esas alturas, repitiendo el mismo patrón de antes del discurso del Máximo Líder, ya no bailaban en pareja, sino que se descoyuntaban cada cual por su lado con total frenesí. ¿Merece la pena contar cómo convertí todo eso en un libro? ¿Cómo más nunca Magdalena me vio el pelo? Les doy un aperitivo, en diciembre del mismo año Lisandro Otero intervino para que me invitasen a un congreso en Nueva York. Solo tuve que hacerme dos simples preguntas: ¿Sé cuánto viviré? ¿Acaso ya escribí la mejor de mis obras? Entonces me respondió Bulgákov con una de sus frases lapidarias en el mismo Aeropuerto Internacional José Martí: “El hombre es mortal, pero eso es solo la mitad del problema. Lo grave es que es mortal de repente. ¡Esta es la gran jugada! Y no puede decir con seguridad qué hará esta tarde”. Esa tarde el avión hizo escala en el Miami International Airport. Y sí, estaba tan interesado en esas memorias, tan interesado en sacarle lascas a ese material, que le hubiese vendido el alma al mismísimo diablo, como quien dice. No lo tomen tan literal.

ANEXOS

1-CIMENTACIÓN AISLADA: NOTAS Y FOTOGRAFÍAS

2-CAPÍTULO NO INCLUIDO EN LA PRIMERA EDICIÓN

CIMENTACIÓN AISLADA

La madre de Germán Píriz salió de Canarias en 1926. Al llegar a La Habana se ubicó como trabajadora doméstica en una casa del Vedado. La casa pertenecía a unos sefardíes de apellido Axahat. La familia constaba del matrimonio y un hijo, Isaac. Isaac tuvo un *affaire* con la madre de Píriz. Y hasta intentó, sin éxito, convertirla al judaísmo. Como los padres de Isaac no consentían la relación, Isaac ideó un pacto suicida semejante al que décadas más tarde ejecutarán con éxito Nilsa y Rivero, por amor. Sin embargo, tan solo enseñar el hocico la Crisis del 29, la caja de caudales de la familia Axahat comenzó a derretirse como un durofrío. Ahí mismo se acabó la novela sefardita. Isaac le comunicó a la madre de Germán Píriz que partían de inmediato a Nueva York. Si no hubiese estallado la Gran Depresión tal vez Germán Píriz fuera un Axahat o no existiese.

El padre de Germán Píriz y otros parientes se hicieron famosos al salir en el *Boletín Oficial de Zamora*. Allí los declaraban prófugos de la justicia por no presentarse a la Junta de clasificación y revisión de Zamora para el reemplazo del Servicio Militar en 1930. Según el padre, partió de Zamora a Asturias. Y así zarpó desde Gijón en el Cristóbal Colón rumbo a La Habana. El peregrinaje tuvo lugar gracias a un Roskopf y unos dientes de oro de su padre, es decir, del abuelo de Germán Píriz.

“Los infortunios son como los dientes de ajo, pertenecen a una cabeza, y esta última a una ristra”, con este axioma Germán Píriz definió su salida de Guantánamo. La cual ocurrió por los siguientes hechos: La madre acababa de recibir una carta de La Habana

donde el hermano le comunicaba que había perdido el trabajo, y por lo mismo, la única opción que le quedaba era regresar a Guantánamo, pero no solo, con él las hijas y la mujer. Noticia que la madre recibió con desagrado, pues una semana antes el hermano menor, Atilio Píriz, actual Delegado de la Asamblea Municipal del Poder Popular en la Circunscripción número 35, por un desencuentro con el padre, quemó la carpintería, único modo de sustento familiar hasta 1958. ¡¿Acaso somos ricos?! Huye. ¡Huye, so sanaco! Si pudiese salir corriendo también lo haría, pero aquí está mi morada final, mi refugio, le dijo la madre. Y sus palabras fueron órdenes.

El primer lugar donde Germán Píriz hizo escala cuando huyó de Guantánamo fue en Mabujabo, en la finca de Urbano Mosqueira, oriundo de Galicia. Según él, le hubiese gustado que su periplo terminase allí. Cosa que resultó imposible como ha comprobado el lector. Las visitas son como los pescados, muchacho, le dijo Urbano Mosqueira al tercer día de su autoinvitación. No puedes hacer de mi casa un frigidaire. Para que continuase camino le dio dos boniatos asados y tres huevos hervidos.

Con la ayuda de Epifanio Becerro, mensajero y reclutador del Ejército Rebelde, Germán Píriz subió a la Sierra Maestra. El primer mes, en una clase de introspección necesaria, llegó a la conclusión de que sus ambiciones eran tan escasas que lo único y mejor que podía hacer para sobrevivir en aquella jauría era consagrarse al arte culinario. De modo que se alegró con ostentar una meta más ordinaria incluso que la de Epifanio Becerro: ser soldado raso.

Esther Olvido de la Candelaria Cuadrado Hernández, más conocida por Isadora se sumó al Ejército Rebelde con Germán Píriz en 1958. Allí se destacó como enfermera. Al triunfar la Revolución se casó con el general Osvaldo Frías Chamizo. Hasta su

muerte fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Sus restos descansan por expresa voluntad en el cementerio de Yareyal.

El capitán Cheo Castillo, del cual no se hace alusión, estuvo por azares de la vida vinculado estrechamente con el fin de Epifanio Becerro, el mensajero y reclutador. Los hechos fueron los siguientes: al capitán Cheo Castillo se le escapó un tiro a medianoche estando de paso por la comandancia el Comandante en Jefe. Al oír el chasquido, el Comandante en Jefe mandó a levantar a toda la Escuela de Reclutas y a las Columnas 2 y 8. Acto seguido preguntó quién fue. Siendo el capitán Cheo Castillo un hombre de honor, se presentó como el causante de dicho disturbio. De poco le sirvieron las explicaciones. En dos latas de leche condensada se votó su suerte y le vaciaron un cargador entero en la nuca. Al observar la primera ejecución sumaria por alta traición, Epifanio Becerro entró en una especie de pánico instantáneo, y se dio a la fuga. En menos de media hora lo capturaron. De poco le sirvieron igualmente las explicaciones. Lo metieron, con dos soldados apostados en la puerta, en el mismo bohío donde dejaron el cuerpo del capitán Cheo Castillo hasta darle sepultura. Al ver el cadáver, lo único que se le ocurrió a Epifanio Becerro fue quitarle el cinturón y ahorcarse.

Al culminar su primer periplo culinario Germán Píriz fue a dar por carambola a la Columna Antonio Maceo, es decir, la Columna 2. El mote de Chivo se lo puso el mismo Camilo Cienfuegos. La causa del mote es simple: subió a la Sierra Maestra siendo un adolescente, flaco y barbilampiño.

Guillermo Pazos y Germán Píriz se batieron juntos en Pino del Agua, Jibacoa, Las Mercedes, incluso en Seibabo. Dos meses antes de alzarse Pazos se casó con Lilith. Bailarina de ballet. Cuando el arresto de Huber Matos, simplemente por encerrarse en su

casa y colgar el uniforme, a Pazos lo acusaron de alta traición a la Patria. Posterior a la sentencia, y por *plantado*, recorrió la Isla en el siguiente orden: La Cabaña, Taco Taco, El Príncipe, Cabaiguán, otra vez Taco Taco, Canaleta, Ocho Vías, Las Mangas, Boniato, Curajay, otra vez Boniato, Agüica, Kilo Siete... Hasta que lo liberaron en 1986. Su nombre aparece citado cuando Germán Píriz recibe inesperadamente una carta de un cineasta francés invitándolo a participar en un documental independiente del grupo NIMLE (Nueva Izquierda Moderada Latinoamericana y Europea). Guillermo Pazos murió en Miami en 1988.

Tras la sentencia de su esposo Guillermo Pazos (treinta años de cárcel), Lilith Echeverría fue invitada por Alicia Alonso a una gira por Asia y Europa como representante de la cultura del nuevo gobierno revolucionario. Al regresar se quedó en México bailando al son de *Las bodas de Aurora*.

El primer matrimonio de Germán Píriz fue con Raquel, nacida Úrsula de la Concepción Facenda Alfonso. Nombre artístico: Raquel Roble. En los sesenta formó parte de la orquesta Tiembla Tierra. A inicios de los setenta comenzó su carrera en solitario, compartiendo escenario con figuras de renombre internacional como Elena Burke, Annia Linares y Farah María. Al quedar entre los finalistas del primer Concurso Adolfo Guzmán, Toribio Verga, productor mexicano y reconocido promotor de la música cubana, se enamoró de la voz de Raquel y se la llevó de gira con el conjunto Yerba Brava por el Caribe. Desde 1978 no ha vuelto a la Isla. Actualmente Raquel es propietaria de un centro de esquí y una peluquería de perros en Yukón, Canadá.

Tiburón y Gaede fueron los últimos combatientes que vieron con vida a Germán Píriz. Con ellos no solo estuvo en la Sierra Maestra, sino que bregó en el Aracelio Iglesias, Playa Larga, Capitán San Luís, Moncada, Vietnam Heroico, y otros. Gaede se jubiló

en 1992 y sigue viviendo en Párraga. El último viaje que realizó Tiburón fue a España en 1991. Allí se quedó trabajando en los astilleros de La Coruña hasta su fallecimiento por cirrosis hepática en 1994.

Germán Píriz conoció a los padres de Magdalena cuando retozaban en el camarote de una rastra Diamont que hacía la ruta Habana-Santiago cargando aceite, azúcar, café, leche en polvo, tejidos, equipos eléctricos, misceláneas. Un monstruo de veintitrés toneladas. Magdalena nació nueve meses después que se casaron. Germán Píriz, puesto que fue una boda doble donde los otros protagonistas eran su esposa y él, le compró un cochecito que parecía una caja de muerto en Japón. También en Japón le compró la Walkman Unisef.



F.1 Buque Hoji Ya Henda, 1978. De izquierda a derecha el primero, Germán Píriz Bragado. Perteneciente al archivo personal de Esteban Casañas Lostal, primer oficial de la Marina Mercante y amigo del “Chivo”.



F.2 De arriba a abajo en la quinta fila, nicho tres de izquierda a derecha, Germán Píriz Bragado. Panteón de los Veteranos e Internacionalistas, Cementerio Cristóbal Colón, La Habana.

MAR DE LA CHINA

El tifón nos estrujó como a un trapo de cocina. ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Nos hundimos!, fueron las frases de la tripulación. No niego que eran hombres valerosos, pero en cuanto se siente, en cuanto se percibe que serás carnada para los tiburones, hasta el más duro se tambalea. La tragedia comenzó cuando el primer oficial de guardia se quedó dormido. Virgilio, un tipo que sabía distinguir sin cancanear entre un mixine y una lamprea. Aún recuerdo su férrea defensa del manatí: En extinción, Chivo. Una especie que debemos proteger de los cazadores furtivos. Tenemos un país con una fauna envidiable, autóctona. Lo sabes, el manatí es la sirena caribeña, decía como si viviésemos en el continente australiano. Virgilio se quedó dormido después de mandar a Mongo, en aquel entonces timonel, antiguo compañero de la Sierra, a hacer café. Cuando Mongo regresó con el termo en la mano, caliente, listo para mantenernos alertas, algo estremeció el barco. Primero se sintió un ruido sordo, seco. Según Mongo, como consecuencia de ello Virgilio se cayó de la silla, y sus palabras fueron: ¡Es una ballena azul! Entonces dio la orden de todo a estribor pensando esquivar al supuesto cetáceo. Sin embargo, al observar que la caída tardaba y que el escenario era más complejo de lo que creía, giró todo el timón a babor y dejó el barco a merced de las olas. Porque eran olas, eh, olas gigantescas en perfecta sincronía con una lluvia espontánea, torrencial, en ráfagas. ¡Qué ballena azul ni qué carajos!, le gritó Mongo a Virgilio. ¡Tifón! ¡Tifón! ¡Todos a cubierta! La movilización fue cualquier cosa menos coordinada. Y mira que habíamos hecho simulacros. El primero en coger un chaleco salvavidas y saltar por el alerón de estribor fue Virgilio. También fue el primero en constatar desde el agua que aquello no era una ballena azul sino un tifón con todas las de la ley. ¡Qué manera de confundir el cebollino con el

ajo porro! ¿Yo? Yo siempre me quedaba en el cuarto de derrota. Hacía una ventolera tal... Mongo, conociendo mi temperamento, qué me podía asustar a mí, un lobo de mar, me pidió hacer un recorrido porque no se hacían presentes ni el capitán ni los supervisores. Para allá fui agarrándome de lo que podía. Los bandazos del barco eran cada vez mayores. ¡Ovidio! ¡Ovidio!, gritaba yo, porque me fue literalmente imposible llegar al camarote del capitán. Agua por todas partes. ¡Ovidio! ¡Ovidio! Sí, estábamos en una situación límite y el tiempo apremiaba. Subí. De refilón, en lo que me ponía el chaleco salvavidas y Mongo rogaba calma con una linterna para organizadamente evacuar, porque no había nadie al mando y todo se iba al garete, vi a Cangrejo, uno de los supervisores, que se rifaba un bote con Ferdinando, segundo maquinista. ¡Debemos unirnos! ¡Orden, compañeros!, vociferaba Mongo. ¿Orden? A Cangrejo y Ferdinando los vi desaparecer de cubierta con un bote a cuestas. Una ola que vino desde la proa se los tragó igual que a Virgilio. Infernal. Estuvimos bajo la fuerza del tifón lo mínimo tres horas. ¡Menos mal que amanecía! Nos quedamos sin luz, sin comunicación, sin radares. A pique como el Titanic. ¡Vamos, Chivo!, dijo Mongo mientras le caía una cortina de agua en la cara. ¡Pongamos a salvo a la tripulación! ¡Olvidémonos del capitán! ¡Dame una mano! Quedaba un bote, eh. Que decirlo en tierra es muy fácil. ¡Vamos, vamos!, pónganse los chalecos salvavidas y diríjense con el bote a popa. ¡A popa! Vamos, calma. Que no cunda el pánico, dije. Todavía recuerdo esos rostros, con el terror instintivo que congrega a los animales, vacilantes, huérfanos de mando. La verdad sea dicha, en ese momento, quienes dirigiámos el barco, o lo que quedaba de él, éramos Mongo y yo. La vida es eso, un cachumbambé. En aquel naufragio se salvaron dos paileros y tres soldados. ¡Cuántas vidas perdidas por falta de preparación militar! Y lo peor, viajábamos bajo bandera griega. Sin jarana, sobrevivimos en ese mar por cuatro o cinco días gracias a dos manos de plátanos. Después de alejarnos del barco para que no nos remolcara en su hundimiento, por descontado inevitable, todo flotaba a nuestro alrededor: mangueras, puertas, cazuelas, cuadros del Che, sillones, zapatos, mesas, ratas, sartenes, barriles, gorras, cables, cartones, antenas, incluso las manos de plátanos y dos cadáveres. Dos ca-

dáveres encueros que giraban alrededor del bote una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, quizás para recordarnos nuestra fragilidad, nuestra condición de simples mortales. Compañeros, seguiremos siendo griegos hasta que nuestro gobierno nos dé la orden explícita de identificarnos como ciudadanos de la República de Cuba, expresó Mongo racionando los plátanos... Griegos, sí. Ese vacío legal trajo como consecuencia que nuestro rescate fuese una odisea. Al otro día del naufragio, deshidratados, hambrientos, y con un frío que nos calaba los huesos, pasó un barco norteamericano, el George Dewey, no se me olvida el nombre. Desde la cubierta nos gritaron con un altoparlante en inglés si necesitábamos ayuda, pero teníamos orden estricta de no aceptar auxilio en aguas internacionales de otra nave que no perteneciera al campo socialista. ¡Mira cómo éramos, o cómo somos!... *Go home! Go home!*, gritó Mongo a los yanquis. Y ellos, además de disparar un sinnúmero de veces los flashes de sus cámaras fotográficas para inmortalizar nuestra calamidad nos tiraron siete latas de sopa Campbell atadas a un salvavidas. También fueron ellos quienes avisaron del naufragio. Dos o tres días estuvimos diciéndoles a las autoridades chinas que éramos griegos por el empecinamiento de Mongo. Y por dicho empecinamiento nos mantuvimos en el bote las últimas veinticuatro horas de esos días. ¡Qué frío en las patas! Solo nos lanzaron mantas y agua desde un helicóptero, ah, y un altoparlante, del cual hizo uso abusivo Mongo. El hambre se convirtió en nuestro plato por excelencia. Y todavía teníamos en nuestro haber las latas de sopa Campbell. Pero esas latas, esa manducatoria en conserva encarnaba todo lo que representa el capitalismo bestial, según palabras de Dionisio Marchante, aquel maquinista tan peculiar. ¿Acaso teníamos abridor? La cosa llegó a su fin cuando uno de los paileros se lanzó del bote a la desesperada. Pobre hombre, para abrirse paso tuvo que vadear los cadáveres y demás obstáculos. Qué bárbaro. Con aquella agua helada alcanzó el remolque donde se encontraban las autoridades chinas que negociaban con Mongo. ¡Traidor! ¡Traidor!, vociferó Mongo por el altoparlante. Entonces no pude seguir secundándolo y le quité el altoparlante. ¡Camaradas, somos cubanos!, vociferé. ¡Larga vida al camarada Mao Zedong! Menos mal que me escucharon y no le dispararon al pailero... ¿Cuál era la carga? ¿Hacia

qué puerto se dirigían? ¿Dónde está la documentación del barco? ¿Dónde están sus pasaportes? Fuimos interrogados y legalmente detenidos por la República Popular China lo mínimo dos semanas. ¿Acaso no sería otra de las tantas comprobaciones de nuestra lealtad al Comandante en Jefe, a la Patria? Nunca supe. Tampoco supe si rescataron o no la carga que llevábamos a bordo. Por ese naufragio a los siete que nos salvamos nos condecoraron con la medalla Conmemorativa XX Aniversario de la Revolución Cubana. Los cadáveres fueron identificados como Ovidio Chomón y Bartolomé Menoyo, el capitán y el jefe de máquinas. A ambos los enterraron con todos los honores en el cementerio de Santa Ifigenia. Del resto de la tripulación se ocupó la fauna marina que tanto glorificaba Virgilio. Es un hecho, la felicidad es como la salud, cuando la tienes, no la ves. En lo que a mí respecta, solo ahora me doy cuenta de que, en la Marina, a pesar de algún que otro contratiempo, fui feliz. ¡Mar, libertad, camaradería!

ÍNDICE

La virgen y la Mendoza	6
Prudencia	9
Las tablas martianas	13
Hoja del Lunes	14
Bienvenida, Isaura	16
¡Adiós, Gibara!	18
Cocina al Minuto	20
Lírica y testosterona	22
Elige tú que pago yo	25
Jaiba, el pirata de Caisimú	28
El cordero descarriado	31
Este claro horizonte	33
Ley fisiológica	34
La garrapata de Canhabaque	35
Empedrado y Monserrate	41
San Dimas	43
El manisero	45
Diecinueve primaveras y un instante	47
Cebada insípida	50
Puerto Princesa	54
Jabón Candado	56
Chó Cánh Giác	59
La tienda de campaña	62
El cazador, el tigre y el zorro	63
Benigno da Costa	68
Conejo a la flauta	71
El biombo	74
¡Tiembra, Savimbi!	76
Forúnculos	80
El Gato Tuerto	82
La Sagrada Familia	85
Facundo, las hijas y la mujer	86
Carta de un cineasta francés	88

Pan de gloria	90
Oda a la penicilina	94
Lino Boza 66	95
Al revés	98
La gran jugada	99
ANEXOS	105
Cimentación aislada	106
Mar de la China	112

Este libro se terminó de imprimir
el 10 de octubre de 2020

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2020)

Colección Narrativa

- Al otro lado de la zarza ardiendo*, de Graciela García Marruz.
Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.
El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.
Ruyam, de Pancho Vives.
Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.
Memoria de siglos, de Jacobo Machover.
El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,
Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.
Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.
Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.
Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.
Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.
Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.
La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.
Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.
Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.
Chivitas, de Adriana Restrepo.
Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.
Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.
Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.
Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.
Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.

Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.
En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.
Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.
Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.
Fantasías reales, de Silvia Burunat.
17 memorias y un prólogo, de VV. AA.
Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.
De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.
Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román
Escribas, de Aimée G. Bolaños.
From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.
Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.
El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva
Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.
Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall
Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.
Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.
Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.
Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.
No quiero llanto, Dolores Labarcena

Si alguien se quedó esperando la novela de la Revolución puede que aquí la tenga. Por fin resuelta en la única clave posible: la del humor; pero también la del extrañamiento.

En primer lugar porque Píriz no es Platón Karataiev y no representa a todos los hombres; y en segundo, porque no bajó de la Sierra Maestra cantando, sino con muchos secretos que solo a él conciernen.

Novela del antihéroe a punto de morir, *No quiero llanto* se despliega como un relato dentro de otro. Como vimos en *Cachemir*, la autora nos va acostumbrando a su gusto por las Matrioskas, a su manera de delirar la Historia.

Otra vez una Cuba teatral con espléndidos pasajes tirados de precio: el DTI, la marina mercante, Angola, la casa de los combatientes. Todo para acabar en ese Hospital donde el personaje se muere, se muere... de risa.

DOLORES LABARCENA

(Santiago de Cuba, 1972). Poeta y narradora. Publicó el cuaderno de poesía *Las puertas dialogadas* (Editora Abril, La Habana, 2004) y recientemente *Tundra* (Casa Vacía, Richmond, Virginia, 2018). Ha publicado además las novelas *Kruschov* (Editorial Verbum, Madrid, 2015), *Cachemir* (Aduana Vieja, Valencia, 2016) y *Diario de un Tuátara* (Baile del Sol, Islas Canarias, 2018). Codirige la publicación digital de literatura *Potemkin ediciones*. Reside en Barcelona.



9 788480 174237 >

editorial **BETANIA**
Colección NARRATIVA